



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Facultad de Filosofía y Letras

EL PLACER,
UNA INTERPRETACIÓN DE FREUD

TESIS
para obtener el grado de
LICENCIADA EN FILOSOFÍA

que presenta

ALINA AMOZURRUTIA CORTÉS

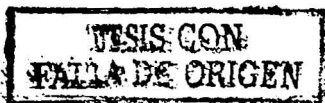
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

ASESOR:

DR. ERNESTO PRIANI SAISÓ

COORDINACION DE
FILOSOFIA

Ciudad de México, Junio del 2002





Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Facultad de Filosofía y Letras

**EL PLACER,
UNA INTERPRETACIÓN DE FREUD**

TESIS
para obtener el grado de
LICENCIADA EN FILOSOFÍA
que presenta

ALINA AMOZURRUTIA CORTÉS

ASESOR:
DR. ERNESTO PRIANI SAISÓ

Ciudad de México, Junio del 2002

A Pepe

A Gus, Busi, Sebastián y José

Quiero agradecer a Greta Rivara y Lizbeth Sagols por sus comentarios y el apoyo que me dieron todo este tiempo.

A Juliana González porque, sin saberlo, a través de sus libros mantuvo conmigo un diálogo que despertó en gran medida las batallas de esta tesis.

Y por supuesto a Ernesto Priani, el de la sonora voz, por las muchas puertas que me ha abierto y, especialmente, por impulsarme a asumir esta aventura filosófica en todo su ludismo y con todos sus riesgos.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	2
PRIMERA PARTE	
I.1 Placer y felicidad	8
I.2 La definición	11
I.3 Historia de un principio	14
I.4 De cantidades y calidades	20
SEGUNDA PARTE	27
II.1 Deseos	30
II.2 Pulsiones	32
II.3 Hambre y Amor	36
II.4 Edipo	39
II.5 Giro en las pulsiones	44
II.6 Duelo	50
II.6.1 Furia o quietud	51
II.6.2 Malestar en Eros	58
TERCERA PARTE	
III.1 Gravedad	70
III.2 Eros encendido	75
III.3 El jardín de los senderos que se bifurcan	79
CONCLUSIONES	86
BIBLIOGRAFÍA	91

INTRODUCCIÓN

...el número de metáforas o fábulas de que es capaz la imaginación de los hombres es limitado, pero esas contadas invenciones pueden serlo todo para todos ...

J. L. Borges

Esta tesis surgió de una preocupación por el problema de la felicidad humana. Partiré, como dice Freud en algún momento, de la afirmación aparentemente clara a los ojos de cualquiera, de que todos los fines y propósitos de vida que expresan los hombres en su conducta, aspiran sin más, en último término, a la felicidad.¹

Elegí acercarme al tema a través del placer porque pienso que, a nivel individual, una pauta para medir la felicidad es la cantidad y calidad de placer experimentada y reconocida en uno mismo, en esa intimidad en la cual sólo cada quién puede saber cuánto disfruta o padece una situación, cuánto aprueba o desaprueba una experiencia, y cuánto es estimulado y dignificado por ella, o estancado y empequeñecido. La idea sería ésta: que una persona es más feliz cuanto más tiempo renueva en sí misma experiencias placenteras (cosa que constituye todo un arte, según veremos), y que este placer debe poder entenderse no sólo en su dimensión física o corporal, sin conexión con las partes racionales y espirituales del hombre (ni viceversa, pretensión todavía más absurda) sino, en el mejor de los casos, abarcando todas las áreas de su ser, encendiéndolas.

¹ Cfr. Freud, *El Malestar en la cultura*, p.3024 Ya lo dijo Aristóteles: "Puesto que todo conocimiento y toda elección tienden a algún bien, volvamos de nuevo a planteamos la cuestión: cuál es la meta de la política y cuál es el bien supremo entre todos los que pueden realizarse. Sobre su nombre, casi todo el mundo está de acuerdo, pues tanto el vulgo como los cultos dicen que es la felicidad, y piensan que vivir bien y obrar bien

Acepto entonces la distinción establecida por Hospers, para quien la palabra placer tiene dos sentidos: por un lado, el placer que deriva de las sensaciones y tiene una localización precisa en el cuerpo (ser acariciados, sentir una brisa suave en la cara, etc.), y por otro, el placer como estado mental que acompaña a ciertas experiencias y que no tiene una localización precisa, sino que se caracteriza justamente por ser un estado placentero en general.² La fuente de este segundo sentido del placer puede ser un placer del primer orden, pero también pueden serlo actividades completamente diversas, como presenciar un concierto, salir a caminar, ir de fiesta y aun, llevar éste o aquel modo de vida, ciertas costumbres, ciertas relaciones humanas, etc., en las cuales interviene algo más que lo puramente físico.³

Busco así acercarme a la naturaleza del placer en su segundo sentido y encuentro que, si bien la felicidad suena inasible y como sin contenido, el placer, en cambio, los pequeños y grandes placeres de todos los días, éstos nos son más cercanos, más palpables, y acaso sea en ellos, en el protagonismo más o menos velado que juegan en nuestras vidas, donde pueda encontrarse alguna clave para entender las notas de la felicidad, o mejor, las de los juegos alquímicos que persiguen nuestras conductas y sueños.

es lo mismo que ser feliz. Pero sobre lo que es la felicidad discuten y no lo explican del mismo modo el vulgo y los sabios." *Ética Nicomáquea*, Gredos, Madrid, 1998, libro I, p.135, 1095a.

² V., John Hospers, *La conducta humana*, Tecnos, Madrid, 1979, pp.167-168. Aquí Hospers hace referencia a Aristóteles, quien también vio en el placer el acompañamiento de una actividad. Sobre esta comprensión aristotélica del placer, se lee en la *Ética Nicomáquea*: "El placer perfecciona la actividad, no como una disposición que reside en el agente, sino como un fin que sobreviene como la flor de la vida en la edad oportuna. Por consiguiente, siempre que el objeto que se piensa o siente sea como debe y lo sea, igualmente la facultad que juzga o contempla, habrá placer en la actividad...", y también: "...ya que sin actividad no hay placer, y el placer perfecciona toda actividad." (Aristóteles, *op. cit.*, Libro X, pp.387 y 388, 1174b-30 y 1175^a-20).

³ En relación al placer de este segundo orden, el placer como estado mental, no dejaré pasar la observación de que mi simpatía con esta idea radica en su distinción del otro placer, el que es fácilmente "localizable" en una parte del cuerpo (como el dedo o el pie), pero pongo en cuestión su caracterización como "estado de conciencia o de la mente", pues no obstante su fuente sea muy diversa y pase por registros de orden simbólico, también es un placer que *se siente*, y no es claro cómo un "estado mental" dé cuenta de ello. Una distinción entre placeres del cuerpo y placeres del alma, como lo quiere la tradición (con Platón o Descartes, por ejemplo), también serviría, porque en el alma se admite la sensibilidad, pero entonces tendríamos que aceptar que, dentro de los placeres del alma, pudieran incluirse algunos de fuentes terrenales y corpóreas, lo que probablemente anularía su sentido. Pero dejemos estas disquisiciones para otro momento.

Elegí a Freud porque, aunque no centra su atención específicamente en el placer, ni tampoco ofrece reflexiones filosóficas en la dirección que yo he planteado,⁴ sí aporta un tratamiento del tema que forma parte de un estudio cuidadoso y profundo acerca del psiquismo humano y todos sus laberintos: si hemos de hablar sobre el placer, que no sea superficialmente, sino partiendo de lo intrincado y oscuro de nuestro ser complejo, de esa naturaleza nuestra en la cual todo lo que nos complace, desde lo más bestial, hasta lo más sublime, nos llama porque responde a algo que palpita en nosotros, y a lo cual quiero seguirle la pista.

Freud, probablemente más que cualquier otro pensador después de él, pone en juego los elementos necesarios para pensar estos temas. Acaso su mayor virtud, y por la cual sigue siendo un pensador crucial, es que logró descender con minuciosa penetración hasta los problemas que más íntimamente nos atañen.

Para ser más específica, a mí me llamó la atención desde el principio porque él sugiere que somos incapaces de satisfacernos a nosotros mismos, cabalmente; que nuestros deseos más importantes son inconscientes, que no sabemos lo que queremos y por eso lo que hacemos no nos complace en realidad. Pero además, en la imagen que Freud ofrece del ser humano, no sólo somos ajenos a nuestros impulsos más fundamentales, sino que una vez que logramos descender hasta ellos, descubrimos que son, ellos mismos, irrealizables, cuando no hostiles a nosotros y a la vida. Esta imagen concuerda en gran medida con los signos de la historia actual (muy similar todavía, a la de él), pero no me convence.

La lectura que haré de Freud será entonces una lectura crítica, lo seguiré muy de cerca por ese mundo oscuro que él descubre, guiándome por las preguntas que el tema mismo del placer haga surgir, de manera que sea que esta lectura cercana la que vaya revelando por qué no estoy de acuerdo con él, y la que permita ir trazando en el camino otra figura distinta a la que él sugiere,

⁴ De hecho, Freud era movido por un afán científico, poco afín a la filosofía. Le interesaba, sobre todo, partir de observaciones en el campo de los fenómenos para obtener de ellas conocimientos seguros, empíricamente comprobables, y no pensaba en el psicoanálisis como un sistema de pensamiento completo y

no sólo del placer, sino también de mucho de aquello en nosotros mismos a lo cual hay que asomarnos para entender este placer.

La elección de este autor pide algunas precisiones. En primer lugar, su concepción del placer se fue modificando y enriqueciendo con el avance de su obra, razón por la que tomo al último Freud, que es el que ofrece material más completo y complejo para estas investigaciones (aunque considerando siempre la trayectoria de sus ideas, cuando esto sea necesario).

En segundo lugar, la dirección del discurso freudiano no responde al tema del placer, según mencioné, lo que obliga a la laboriosa y arriesgada hermenéutica de ir extrayendo los temas no sólo cuando habla de ellos directamente, sino también cuando, hablando de otras cosas, nos revela algo acerca de lo que aquí buscamos. En este sentido, me abstuve de llevar la investigación a los terrenos de la patología o la terapia psicoanalítica, pues el objetivo de este trabajo es extraer de su pensamiento sólo aquello que permita sacar conclusiones filosóficas acerca del placer, en vistas a una mayor comprensión del hombre.

Por último, en las investigaciones preliminares a esta tesis busqué si había algún estudioso de Freud que desde la filosofía se hubiera especializado en seguir la pista de este tema en particular, pero no lo encontré. Acaso Lacan fuera el más indicado para esto, pero si bien es cierto que él ofrece amplias interpretaciones de Freud en lo que toca a los temas del placer y el deseo, también es cierto que con estas interpretaciones se aleja de él, e inaugura todo un universo del cual me mantuve al margen para enfocarme exclusivamente en el freudiano. Así, el trabajo hermenéutico se ha elaborado directamente con las páginas del padre del psicoanálisis, mediando el discurso con observaciones de otros filósofos y autores, sólo en lo referente a algunos temas relacionados que van apareciendo en el camino. En el fondo, es un aliento platónico, nietzscheano y sobre todo renacentista el que me anima; sólo espíritus brillantes y soberbios podían darme las palabras para desafiar a alguien como Freud.

acabado, sino como una ciencia que estaba abriéndose camino. (Cfr., por ejemplo, *Los instintos y sus*

La estructura del trabajo es la siguiente: la primera parte se enfoca en lo que Freud dice explícitamente del placer: su relación con la felicidad, la definición negativa y cuantitativa que da de él y la forma en que entiende al principio psíquico que lleva su nombre (el "principio del placer"). Como veremos, esto que dice Freud acerca del placer deja sin responder algunas cuestiones, que sugieren dirigir la mirada al deseo, tema que ocupa la segunda parte. En ella mostraré cómo entiende Freud lo que deseamos, especialmente bajo la luz de los dualismos y contradicciones que nos atraviesan, y que él comprende con los términos del complejo de Edipo y, hacia la última etapa de su obra, con la oposición entre pulsiones eróticas y pulsiones de muerte.

El peso que tiene la visión freudiana acerca de lo que deseamos, de lo que nos mueve en el fondo, tal como llega a cobrar forma a partir de la postulación de la dualidad de las pulsiones en eróticas y tanáticas, hará que me detenga especialmente en este punto, pues enmarca su pensamiento en toda una comprensión del ser humano que me parece crucial para cualquier conclusión que queramos sacar en torno al tema del placer en el hombre; una comprensión que, como pretendo mostrar, entraña algunas contradicciones y deja ciertos puntos inexplicados.

Hacia la tercera parte propondré algunas ideas para entendernos a nosotros mismos de otra manera, en relación con lo que deseamos y lo que nos complace. Para esto partiré de un replanteamiento de la dualidad y, particularmente, de Eros, y con esto llegaré a lo que es la tesis central en este trabajo: que el placer no cabe en la definición negativa y cuantitativa con la que tiende a caracterizarlo Freud, y que el factor cualitativo que le da contenido, no está determinado por el llamado indómito de un deseo o unas pulsiones trágicos en su esencia, sino por algo a lo que de momento me referiré como la conformación de nuestra sensibilidad.

Tratar todas estas cosas no es sino volver a aquella sentencia del oráculo de Delfos: "Conócete a ti mismo", que con voz milenaria recuerda la necesidad de ahondar en nuestra

interioridad, en los límites, conflictos y contradicciones que nos definen, y sin atender a los cuales no puede pensarse en ningún placer, ni ninguna felicidad. Pero es también, y sobre todo, un desafío, una interpretación, un experimento que tocará los temas sin pretender agotarlos, sino simplemente seguirles el rastro a partir de lo que el pensamiento de una de las personalidades más agudas y polémicas del siglo XX, sugiere en mí.

PRIMERA PARTE

I.1 Placer y felicidad

Freud no pone en duda que todos los hombres quieran ser felices, al contrario, lo da como cosa segura y conocida por todos. De acuerdo con él, esta aspiración a la felicidad tiene dos fases: una de fin negativo y otra de fin positivo. Por un lado, evitar el dolor y el displacer; por el otro, experimentar sensaciones placenteras (que, en estricto sentido, es como mejor debe entenderse la felicidad).⁵ Partiendo de esta dualidad del objeto perseguido, la actividad humana se despliega en dos sentidos, según se trate de alcanzar, prevaleciente o exclusivamente, uno u otro de aquellos fines.

Siguiendo a Freud, este objetivo vital está fijado por el programa del *principio del placer* (*Lustprinzip*), "principio que rige las operaciones del aparato psíquico desde su origen; principio de cuya adecuación y eficiencia no cabe dudar, por más que su programa esté en pugna con el mundo entero, tanto con el macrocosmos como con el microcosmos. Este programa ni siquiera es realizable, pues todo el orden del universo se le opone, y aun estaríamos por afirmar que el plan de la «Creación» no incluye el propósito de que el hombre sea «feliz»."⁶

En efecto, considera Freud que una realización plena del principio del placer (es decir, de la felicidad en su sentido positivo) es imposible debido a que nuestras facultades están "limitadas de principio" y, en cambio, nos es mucho más fácil experimentar el sufrimiento. Por eso, dirá, no nos sorprende que el ser humano ya se estime feliz por el sólo hecho de haber escapado a la

⁵ *Malestar en la cultura.*, tomo III, p. 3024

⁶ *Ibid.*, tomo III, p. 3025

desgracia, y que, en general, la finalidad de evitar el dolor relegue a segundo plano la de conseguir positivamente el anhelado fin.

Las razones que señala Freud como causantes de nuestra propensión al sufrimiento son tres: nuestro propio cuerpo, "condenado a la decadencia y la aniquilación", y por esto mismo, al dolor y la angustia; el mundo exterior, "capaz de encarnizarse en nosotros con fuerzas destructoras, omnipotentes e implacables", y por último, nuestra dificultad para regular las relaciones humanas en la familia y la cultura -causa, ésta última, señalada como probablemente la más dolorosa de todas y la que más trabajo nos cuesta aceptar.

En lo que a las dos primeras se refiere, nuestro juicio no puede vacilar mucho, pues nos vemos obligados a reconocerlas y a inclinarnos ante lo inevitable. Jamás llegaremos a dominar completamente a la Naturaleza. [...] Muy distinta es nuestra actitud frente al tercer motivo de sufrimiento, el de origen social. Nos negamos en absoluto a aceptarlo: no atinamos a comprender por qué las instituciones que nosotros mismos hemos creado no habrían de representar más bien protección y bienestar para todos. Sin embargo, si consideramos cuán pésimo resultado hemos obtenido precisamente en este sector de la prevención contra el sufrimiento, comenzamos a sospechar que también aquí podría ocultarse una porción de la indomable naturaleza, tratándose esta vez de nuestra propia constitución psíquica.⁷

En cuanto a la afirmación de que nuestras facultades de felicidad están limitadas de principio, se refiere Freud a que, hablando de la felicidad en sentido estricto, ésta "...surge de la satisfacción, casi siempre instantánea, de necesidades acumuladas que han alcanzado elevada tensión, y de acuerdo con esta índole, sólo puede darse como fenómeno episódico. Toda persistencia de una situación anhelada por el principio del placer sólo proporciona una sensación

⁷ *Ibid.*, tomo III, pp.-3025 y 3031

de tibio bienestar, pues nuestra disposición no nos permite gozar intensamente sino el contraste, pero sólo en muy escasa medida, lo estable."⁸

Ahora bien, aunque el designio de ser plenamente felices sea irrealizable, apunta Freud, no por ello dejan los hombres de aspirar a él y, tal como la reflexión lo demuestra, las tentativas para conseguirlo nos enseñan muy distintos caminos, recomendados todos por las múltiples escuelas de la sabiduría humana y emprendidos alguna vez por el ser humano. Se trataría pues de métodos y procedimientos variados, que anteponen ya el aspecto positivo de dicho fin -la obtención del placer-, ya el negativo -la evitación del dolor-, y los hay extremos y moderados, individuales y colectivos; algunos unilaterales y otros atentos simultáneamente varios puntos. Entre ellos señala, por ejemplo, el ataque contra la naturaleza y su sometimiento a la voluntad del hombre con la ciencia y la técnica, el aislamiento voluntario, la renuncia al deseo (como lo sugiere sobre todo la sabiduría oriental), la sublimación de las pulsiones con el trabajo artístico o intelectual, la apreciación de la belleza, amar y ser amado (vía por la que Freud manifiesta especial aprobación), y la sumisión a planes divinos o políticos, entre muchos otros.⁹

A fin de cuentas, la conclusión freudiana acerca de la felicidad es que, considerada en un sentido limitado, su realización es posible y depende completamente de la economía libidinal de cada individuo. Ninguna regla al respecto vale para todos y cada uno debe buscar su propio camino para ser feliz.

Y en este punto confirmo con Freud que esta conclusión acerca de la felicidad no parece agregar nada a lo conocido por todo el mundo.¹⁰ Sin embargo, mi atención está ya en el placer (es decir, no el tibio bienestar de lo estable, sino el placer, con todos sus esplendores): esa vía positiva que suele ser dejada de lado para dedicarse a la otra, la de evitar el dolor. De acuerdo con lo dicho, en su busca se cifra uno de los grandes móviles de nuestra existencia -el más tentador,

⁸ *Ibid.*, tomo III, p. 3025

⁹ *Cfr. Ibid.*, tomo III, pp.-3025-29

¹⁰ *V. Ibid.*, tomo III, p.3030

podemos decir-, y si Freud, navegante de las profundidades del alma, postuló un principio a su nombre, otorgándole una primacía en nuestras vidas, y luego sugirió que algo en nuestra “indomable naturaleza” nos limita de entrada a gozar de sus beneficios, quiero saber por qué, cuáles son los elementos de fondo que juegan en esa, nuestra economía libidinal.

I.2 La definición

Veamos primero cómo es entendido ese principio que rige las operaciones del aparato psíquico, el principio del placer, “de cuya adecuación y eficiencia no cabe dudar, por más que su programa esté en pugna con el mundo entero, tanto con el macrocosmos como con el microcosmos”.¹¹

Dice Freud:

En la teoría psicoanalítica suponemos que el curso de los procesos anímicos es regulado automáticamente por el «principio del placer»; esto es, creemos que dicho curso tiene su origen en una tensión displaciente y emprende luego una dirección tal, que su último resultado coincide con una minoración de dicha tensión, y por tanto, con un ahorro de displacer a una producción de placer.¹²

En principio, Freud vio en el psiquismo una fuerte tendencia a conservar “lo más baja posible, o por lo menos constante”,¹³ la cantidad de excitación; de esta tendencia dedujo que todo lo apropiado para elevar dicha excitación sería antifuncional y displaciente, y todo aquello que la atenuara, satisfactorio y placentero. El acto sexual fue siempre una referencia a la que acudió en este sentido, pues, en sus palabras “...todos hemos experimentado que el máximo placer que nos

¹¹ *V. supra*, nota 6.

¹² *Más allá del principio del placer*, III p.2507

¹³ *Ibid.*, tomo III, pp.-2507-2508

es concedido, el del acto sexual, está ligado a la instantánea extinción de una elevadísima excitación".¹⁴

Propuso así su principio del placer, al que otorgó el título de llevar la primacía sobre todos los demás procesos anímicos, y lo caracterizó como esta tendencia a la estabilidad. Con ello constituía su aproximación *económica* del psiquismo, por la cual tratarían de observarse y estimarse las magnitudes de excitación y sus destinos;¹⁵ y de esto derivó una comprensión del placer y el displacer, que es precisamente *económica* o cuantitativa, como se ve aquí, porque asocia el primero con la disminución, atenuación o extinción de las magnitudes de excitación acumuladas en el psiquismo, y el segundo con el aumento o exacerbación de dichas excitaciones.

Deriva de aquí, también, una comprensión del placer que es, además de cuantitativa, negativa, lo que significa que Freud vio en él la ausencia de displacer, la no-tensión, la no-excitación.

Epicuro, quien vio en el placer el máximo bien del hombre, también lo había entendido así, negativamente: "Pues tenemos necesidad de gozo sólo en el momento en que sentimos dolor por no estar con nosotros el gozo, pero cuando no sintamos dolor ya no estamos necesitados de gozo."¹⁶

En Epicuro, esta comprensión negativa del placer deriva en una preocupación fundamental por los deseos, por identificar bien qué es lo que verdaderamente necesitamos, para responder a ello y no confundirnos entre vanas ilusiones. Por ello hará una distinción entre tipos de deseos, y dirá que el placer no es acumulable, pues una vez que los deseos necesarios se satisfacen, el placer no crece ni en intensidad, ni en duración. Así, en la noción epicúrea, esta

¹⁴ *Ibid.*, tomo III, p. 2540

¹⁵ Las otras dos perspectivas desde las que Freud abordó la vida anímica, fueron la *tópica* y la *dinámica*, con las cuales se completaría su llamada "metapsicología", aquella exposición que describiría un fenómeno psíquico en su cabalidad y que Freud consideró lograda sólo en casos aislados. V. *Más allá...* tomo II, p. 2507 y *Lo Inconsciente*, tomo II, p. 2070.

¹⁶ Epicuro, *Carta a Meneceo*, en *Obras Completas*, Ed. Cátedra, Madrid, 1996, p. 89. Trad. de José Vara. Dice también: "El límite máximo de la intensidad del gozo es la supresión de todo dolor," (*Máximas*

negación del dolor se traduce en la salud del cuerpo y en la imperturbabilidad del alma, estados que constituyen el principio y el fin de una vida dichosa.

Veintitrés siglos después, Schopenhauer ofrece una versión pesimista de esa misma concepción negativa: placer como ausencia del dolor, pero en su dolor cabían todos los dolores, "...los reales y evidentes, [...] y todo deseo inoportuno que turba nuestro reposo y hasta el mortal aburrimiento que hace de nuestra existencia una pesada carga."¹⁷

Dice Schopenhauer: "Toda satisfacción, o lo que comúnmente se llama felicidad, es, por su naturaleza, siempre negativa, nunca positiva. No es algo que exista por sí mismo, sino la satisfacción de un deseo, pues la condición primaria de todo goce es desearle, tener necesidad de alguna cosa. Mas con la satisfacción desaparece el deseo y por lo tanto cesa la condición del placer mismo. De aquí que el placer no pueda ser más que la supresión de un dolor, de una necesidad..."¹⁸

Con Schopenhauer, la vida del hombre está condenada al sufrimiento porque infatigablemente volamos de deseo en deseo con la ilusión de alcanzar alguna satisfacción, pero todo lo que logramos desaparece poco después ante nuestros ojos, sin dar fin a los tormentos con los que la voluntad intempestivamente nos agita. De aquí que este filósofo proponga la vida ascética y contemplativa, pues en ella verá la única vía para acallar a la voluntad, renunciar a los deseos y a todas las desilusiones que éstos nos producen.

En Freud, la concepción negativa del placer tiene que ver con esa idea que ya mencionaba antes, de que lo que nuestro psiquismo quiere es la liberación de las tensiones. Placer y dolor como las sensaciones que gobiernan nuestra vida anímica, haciéndola regular la conducta para

Capitales, Op. Cit., p.93), "Pues todo lo que hacemos lo hacemos por esto, para no sentir dolor ni temor." (*Carta a Meneceo*, p.89).

¹⁷ Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación* p.249.

¹⁸ *Ibidem*.

conseguir el uno, y evitar el otro, esto es, para lograr esa estabilidad a la cual nuestro psiquismo tiende.¹⁹

Pero aquí ya surgen en mí algunas dudas frente a esta concepción freudiana del placer, esta idea negativa y cuantitativa de que lo que queremos es la no tensión, el no dolor, la imperturbabilidad, porque creo que el placer es algo más, algo que no está explicado en esta fórmula. Rastrearé de dónde viene esta idea de Freud, qué puede entrañar.

I.3 Historia de un principio

Ya desde el *Proyecto de una psicología para neurólogos* hablaba Freud de una tendencia a la estabilidad. Entonces la caracterizó como “principio de la inercia”, principio que habría regido los sistemas neuronales desde su origen, y según el cual las neuronas propenderían a descargarse de las cantidades de energía recibida, tanto por estímulos internos como externos, constituyendo con esto su llamada “función primaria”. En la medida en que las condiciones exteriores habrían obligado al sistema a abandonar dicha inercia, impidiendo su satisfacción inmediata, éste debió también aprender a tolerar ciertas acumulaciones de excitación (a “ligar” esa energía cuya tendencia originaria es a liberarse), y con ello se integraría la “función secundaria” del mismo, encargada de cumplir estas nuevas demandas.²⁰

Más adelante esto se tradujo en el “principio del placer” (originalmente llamado “principio del displacer”)²¹ y el “principio de realidad”. El primero se asociaría a la función primaria y, según dijimos, tiende a la satisfacción inmediata, a la nivelación de las tensiones originadas tanto en el interior como en el exterior del organismo. Y el segundo, asociado con el

¹⁹ En relación a esto, Freud alude al “principio de la constancia” de G. Th. Fechner y al “principio de Nirvana” de Bárbara Low, de los que hablaré en los capítulos I.3 y I.4.

²⁰ *Cfr. Proyecto*, I - p.213

²¹ Véase *Interpretación de los sueños* I-708-709. En este mismo lugar también habla de un “principio del menor gasto de inervación”. *Cfr.* también el *Proyecto de una psicología para neurólogos*, I-272, donde dice que “...es el displacer el que dirige la corriente de cantidad (neuronal)...”

funcionamiento secundario, será el responsable de diferir la obtención de aquel placer, renunciar, en general, a determinadas fuentes del mismo y hasta soportar ciertos dolores, siempre y cuando estos rodeos logren asegurar una mejor adaptación frente a las exigencias del exterior y un placer mayor para el futuro.

Siguiendo a Freud, se puede ver que hay una aparente oposición entre la dirección de ambos principios, pero ésta se resuelve en la medida en que el objetivo es siempre el placer. La distinción únicamente aporta el matiz de que el principio del placer por sí solo es irrealizable (excepto en la primera infancia), inútil y hasta peligroso para la autoafirmación del organismo, y sólo con la ayuda del otro principio puede cumplirse en alguna medida.²² Por otra parte, esta fue una de las razones por las cuales originalmente se inclinó Freud a asociar el principio del placer con el *Ello* y las pulsiones sexuales, de tendencia ciega e irrefrenable, y el de realidad, con el *yo* y las pulsiones de conservación.

Ahora bien, desde otra perspectiva la oposición de ambos principios se mantiene y es importante resaltarla. Bajo la mirada freudiana, dada la constitución actual del psiquismo, hay un momento en que el principio del placer puede ser plenamente realizado y cuando esto ocurre, se da al margen del principio de realidad (es decir, sin restricciones, rodeos o aplazamientos): se trata de la primera infancia, cuando los cuidados de la madre producen en el niño la sensación de una completa satisfacción. La existencia de estas primeras experiencias del placer, y sobre todo, su peso en la memoria de los individuos (la mayoría de las veces, memoria inconsciente), generará una diferencia infranqueable entre todo placer tal como es anhelado por el sujeto en su forma originaria, y todo placer tal cual es finalmente logrado bajo el ejercicio del principio de realidad.

En menor medida, la fantasía también puede procurar al individuo, durante toda su vida, la sensación de una satisfacción total, que escapa a los rigores de la realidad. "Con la instauración

²² Cfr. *Más allá...* tomo III, p.2509

del principio de realidad quedó disociada una cierta actividad mental que permanecía libre de toda confrontación con la realidad y sometida exclusivamente al principio del placer. Esta actividad es el fantasear, que ya se inicia en los juegos infantiles, para continuarse posteriormente como sueños diurnos abandonando la dependencia de los objetos reales.²³

Por esta razón, de acuerdo con Freud, el principio de realidad tendrá que ser continuamente restablecido en la vida de cada individuo, porque su triunfo sobre el principio del placer no es nunca definitivo, ni seguro. En efecto, habrá una fuerte tendencia a regirse por el principio del placer al margen de la realidad, y esto, dirá Freud, a riesgo del organismo entero, que requiere de dicho principio y por eso lo hizo surgir, porque sólo así puede defenderse de las exigencias internas y externas. En este sentido se genera un antagonismo entre ambos principios.

Pero en otro sentido, la intención es siempre el placer, y que uno lo pretenda en su primigenia e irrecuperable expresión, y el otro lo consiga en la modesta medida de sus posibilidades reales, no niega que ambos tienden al mismo fin.

Y fue así como el principio del placer -entendido de esta forma, es decir, en asociación con el principio de realidad-, recibió por largo tiempo el título incuestionado de llevar la primacía y el dominio sobre todos los demás procesos del devenir psíquico.

La importancia otorgada a este principio, enfrentó a Freud con la necesidad de explicar por qué gran parte de nuestros procesos anímicos no se acompañan de placer ni conducen a él, y a cuestionarse si no habría otro principio o tendencia igual o más importante operando en lo profundo de nuestro psiquismo, que diera cuenta de esto.

²³ *Los dos principios del funcionamiento mental*, II-1560. Dice Freud de las fantasías: "...son sustituciones y ramificaciones de recuerdos reprimidos..." (*El delirio y los sueños en la Gradiva de W. Jensen*, II-1315). "Nosotros, los hombres, con las grandes aspiraciones de nuestra civilización y bajo el peso de nuestras íntimas represiones, hallamos la realidad totalmente insatisfactoria y mantenemos, por tanto, una vida imaginativa en la cual gustamos de compensar los defectos de la realidad por medio de la producción de realizaciones de deseos. Estas fantasías entrañan mucho de la propia esencia constitucional de la personalidad y también de los impulsos en ella reprimidos para su adaptación a la realidad." (*Psicoanálisis*, II-1560). "...Y no cabe duda de que complaciéndonos en las satisfacciones imaginarias de nuestros deseos experimentamos un placer, aunque no lleguemos a perder la conciencia de su irrealidad." (*Lecciones introductorias al psicoanálisis*, II-2355 -lección XXIII).

La porción de *displacer* que trae consigo el principio de realidad no constituía desde luego suficiente explicación (pues no contradice la búsqueda del placer, sino la asegura -o al menos lo pretende, como vimos). Tampoco pareció serlo la *represión*, mecanismo inconsciente que retiene a las pulsiones incompatibles con la unidad del *yo*, en grados más bajos de desarrollo psíquico, privándolas de la posibilidad de una satisfacción. En efecto, con este mecanismo ocurre que, si las pulsiones reprimidas consiguen llegar por caminos indirectos a una satisfacción sustitutiva (con los *síntomas*, por ejemplo), este éxito, que en otras condiciones hubiera constituido una posibilidad de placer, es sentido por el *yo* como *displacer*. Pero aquí, como en el caso del principio de realidad, no se contradice realmente el principio del placer; simplemente se trata, a un tiempo, de “*displacer para un sistema y satisfacción para otro*”²⁴, y el problema, a lo más, es de falta de coordinación de las partes, que atentas al mismo fin, lo buscan sin embargo por caminos diferentes (situación que no por ello debe tenerse en menos, según se verá).

Pero lo que mayores dificultades opuso a Freud para probar el dominio del principio del placer en la vida anímica, fue lo que en el último periodo de su vida llegó a identificar como *pulsiones de muerte*, pulsiones que expresarían una tendencia fundamental, en todo lo viviente, a volver al estado inorgánico del que surgió la vida. El descubrimiento de estas pulsiones constituyó todo un giro en el pensamiento freudiano, y una de sus puertas de entrada fue precisamente el cuestionar la primacía del principio del placer por encontrar numerosos casos que rebelaban la existencia de tendencias “repetidoras” y autoagresivas que parecían contradecir a dicho principio. Pero finalmente esas tendencias fueron ubicadas como provenientes del nuevo tipo de pulsiones, y no contradictorias con el principio del placer.

Mas cuando nuestro anhelado principio pudo haber cobrado toda su fuerza y reafirmarse bajo la nueva luz como el guardián de la vida anímica, Freud no estuvo para exaltarlo, porque su atención se encontraba ya arrobada por el reciente descubrimiento. Tampoco estuvo para aclarar

²⁴ *Más allá...* III-2515

algunas vaguedades que se habían generado en torno al tema, es decir, no de una manera acabada, que desentrañara, con la misma penetración con la que lo había hecho en otros fenómenos, la enigmática naturaleza del placer. Mostraré a qué me refiero.

Para empezar, hay que recordar que en repetidas ocasiones Freud puso en relación este principio con el "principio de la constancia" de G. Th. Fechner, para quien el placer y el displacer serían estados de estabilidad o inestabilidad. Sobre todo a partir del descubrimiento de las pulsiones de muerte, lo puso también en relación con el "principio de Nirvana" de Bárbara Low, según el cual la tendencia del psiquismo sería mantener su energía lo más baja posible ("...si ello fuera posible, quisiera mantenerse libre de todo estímulo...").²⁵

Lo anterior, como se puede observar, pone en evidencia cierta ambigüedad en la comprensión del placer que maneja Freud (y que ya se asomaba desde un principio), porque tenemos de un lado la opción de verlo como una tendencia que está al servicio de la función primaria, encargada de despojar de excitaciones al aparato animico; por otro lado, como la tendencia a conservar *constante* el nivel de la excitación, y por otro más, la de mantenerlo *lo más bajo posible*. Esta ambigüedad se mantuvo por algún tiempo: "No podemos decidimos seguramente por ninguna de estas tres opciones, pero observamos que la función así determinada tomaría parte en la aspiración más general de todo lo animado, la de retornar a la quietud del mundo inorgánico".²⁶

En efecto, Freud estuvo rozando esta idea de que el principio del placer servía a las pulsiones de muerte: "...parece hallarse al servicio de las pulsiones de muerte, aunque también vigile a las excitaciones exteriores..."²⁷ "Es indudable que el principio del placer sirve al *Ello* de brújula en el combate contra la libido, que introduce perturbaciones en el curso de la vida".²⁸

²⁵ *Los instintos y sus destinos* (1915), II-2040. La primera referencia a Bárbara Low aparece hasta 1920, en *Más allá del Principio del placer*, pero Freud maneja esta idea desde el *Proyecto de una Psicología para neurólogos*.

²⁶ *Más allá...* III-2540

²⁷ *Ibid.*, III-2541

²⁸ *El yo y el Ello*, III-2720

“Podemos así representarnos que el *Ello* se encuentra bajo el dominio del instinto de muerte, mudo, pero poderoso, y quiere obtener la paz acallando, conforme a las indicaciones del principio del placer, al Eros perturbador.”²⁹ “De aquí la analogía [...] de la completa satisfacción sexual con la muerte...”³⁰

Estas afirmaciones llaman la atención porque entonces la relación del principio del placer con las pulsiones sexuales y la vida misma, tal como Freud las vio durante gran parte de su obra,³¹ se obnubila -aunque sorprende menos si recordamos que desde el principio lo pensó así, como una “tendencia a la inercia”, a lo estable o al nivel más bajo posible de excitación.

Hasta que, en una de las últimas observaciones que dedicó al tema, aclaró que “al parecer” el principio de Nirvana, como las pulsiones de muerte, son lo originario en la historia de nuestro ser (ya entraremos más a fondo en estos terrenos), y así como la vida llegó después, con todo su ímpetu y voracidad, así también el principio del placer sería una derivación del de Nirvana, al cual no debe equipararse porque no busca, como él, la quietud originaria, sino que sirve a la libido y a las pulsiones sexuales en la regulación de la vida.

Se nos ofrece así una serie de relaciones muy interesantes: el principio de nirvana expresa la tendencia del instinto de muerte; el principio del placer representa la aspiración de la libido; y la modificación de este último principio, el principio de realidad, corresponde a la influencia del mundo exterior.

Ninguno de estos principios queda propiamente anulado por los demás, y en general coexisten los tres armónicamente, aunque en ocasiones hayan de surgir conflictos provocados por la diversidad de sus fines respectivos: la disminución cuantitativa de la carga de estímulo, *la constitución de un carácter cualitativo de la misma* o el

²⁹ *Ibid.*, III-2728.

³⁰ *Ibid.*, III-2721

³¹ Me refiero al periodo comprendido entre 1905 (año en que escribí *Tres ensayos para una teoría sexual*) y 1919 (año en que escribí *Más allá del principio del placer*), y particularmente a obras como precisamente los *Tres ensayos...* *Los dos principios del funcionamiento mental*, *Sobre una degradación de la vida erótica*, o las *Lecciones introductorias al psicoanálisis*, entre otras, en las que el principio del placer es visto como un mecanismo fundamentalmente al servicio de la libido y los impulsos sexuales.

aplazamiento temporal de la descarga de estímulos y la aceptación provisional de la tensión displaciente.

Todas estas reflexiones culminan en la conclusión de que no es posible dejar de considerar al principio del placer como guardián de la vida.”³²

I.4 De cantidades y calidades

El principio del placer, cuya preeminencia en la vida queda confirmada por Freud de esta forma, será entonces, propiamente, la tendencia a la “constitución de un carácter cualitativo” de la disminución de la carga del estímulo, al servicio de la libido y, por lo tanto, de Eros (de quien ya hablaremos).

Esto contrasta notablemente con la fórmula original, la sostenida durante gran parte de la obra freudiana -en la que el placer se asocia con la disminución, atenuación o extinción de las magnitudes de excitación acumuladas en el psiquismo, y el displacer con el aumento o exacerbación de dichas excitaciones-, porque no sólo deja claro que la tendencia no es a la extinción *total* de las tensiones (cosa a que aspiraría en todo caso el principio de Nirvana), sino que además agrega el reconocimiento de que algo en la *calidad* de la disminución de la carga del estímulo (es decir, en la calidad de las satisfacciones) debe ser tomado en cuenta al hablar de la tendencia de este principio. Entonces, no es sólo el salir de las tensiones, sino el salir de ellas de cierta manera (constituyendo cierto carácter cualitativo).

Y aquí Freud lo confirma: “Mas [el placer y displacer] no parecen enlazarse a este factor cuantitativo, sino a cierto carácter del mismo, de indudable naturaleza cualitativa. Habríamos avanzado mucho en psicología si pudiéramos indicar cuál es este carácter cualitativo.”³³

En cierto momento empezó a dejar claro que algo faltaba a su comprensión, hablaba de cantidades de energía, pero trazaba sus límites:

³² *El problema económico del masoquismo*, tomo III, p. 2753. Subrayado mío.

³³ *Ibid.*, III-2752

“No pensamos con ello en una relación entre la fuerza de las sensaciones y las transformaciones a las que son atribuidas y, mucho menos -conforme a toda la experiencia de la Psicofisiología-, en una proporcionalidad directa; probablemente, el factor decisivo, en cuanto a la sensación, es la medida del aumento o la disminución en el tiempo. Esto sería comprobable experimentalmente; mas para nosotros, analíticos, no es aceptable el internarnos más en estos problemas mientras no puedan guiarnos observaciones perfectamente definidas.”³⁴

Vemos entonces que Freud detectaba que había algo en la naturaleza del placer y el displacer que no estaba siendo cifrado en la formulación de su principio. “Mucho nos interesaría averiguar cuáles son las condiciones del placer y del displacer, mas carecemos de elementos para llegar a este conocimiento.”³⁵ Y sugería lo del ritmo en las satisfacciones: “Quizá sea el ritmo, el orden temporal de las modificaciones, de los aumentos y disminuciones de la cantidad de estímulo. Pero no lo sabemos”,³⁶ se trata “...de uno de los dominios más importantes, pero desgraciadamente más oscuros, del psicoanálisis.”³⁷

Llama la atención que por tanto tiempo viera Freud en esta caracterización del placer el principio regulador de la conducta humana, y aun de la actividad del aparato psíquico en su conjunto, y no ahondara en su aspecto cualitativo si en alguna medida lo tenía presente. Le parecía un sector demasiado oscuro, “difícil de ser guiado por observaciones perfectamente definidas”. Y, sin embargo, de suma importancia, pienso yo, porque es el principio rector, el que dicta las operaciones del alma. Muy bien, queremos el placer, pero ¿cómo entender ese placer? Las definiciones explícitas que propone Freud más bien describen la experiencia en términos cuantitativos y negativos: hay una tensión y el placer viene al disminuirla, nuestras conductas y el funcionamiento general del psiquismo entero lo pretenden, tienden a ello. De acuerdo, pero dicho

³⁴ *Más allá...* III-2508

³⁵ *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*, tomo II-2344

³⁶ *El problema económico del masoquismo* III-2753

³⁷ *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis* II-2344

así esto encierra muchas vaguedades ¿Por qué no cualquier satisfacción, cualquier placer? ¿Qué los hace diferentes, preferibles a unos en vez de otros? ¿Qué entre varias satisfacciones, y aun, entre varios estados, hace que uno nos satisfaga más? ¿Será por el deseo al que responden, o por la manera de satisfacerle, o ambas cosas? ¿Cómo entender esa "cualidad" y qué relación guarda con las pulsiones sexuales y las de muerte, con lo erótico y lo tanático? ¿Qué deseamos, qué perseguimos en el fondo?

Por otra parte, manteniéndonos en los términos cuantitativos en los que Freud prefirió moverse, salta a la vista que hay placeres que coinciden con el aumento de la excitación, y displaceres producidos por su disminución. Él mismo detectó algo de esto, y dijo:

"Ha de suponerse que en la serie gradual de las sensaciones de tensión sentimos directamente el aumento y la disminución de las magnitudes de estímulo, y *es indudable que existen tensiones placientes y distensiones displacientes*. El estado de excitación sexual nos ofrece un acabado ejemplo de tal incremento placiente del estímulo y seguramente no es el único. El placer y el displacer no pueden ser referidos, por tanto, al aumento y la disminución de una cantidad a la que denominamos tensión del estímulo, aunque, desde luego, presenten una estrecha relación con este factor."³⁸

He aquí otro importante matiz. Aquello del aumento y la disminución en el nivel de la tensión o excitación de la vida anímica, se relaciona de algún modo con el placer, pero no debemos ser muy literales al afirmarlo. Recordando al Freud que nos hablaba de nuestras propias limitaciones para la felicidad, ya me parecía paradójico que el placer fuera entendido como aquello que persigue la anulación de las tensiones, y que, al mismo tiempo, la estabilidad lograda se reconociera después como algo aburrido y displaciente ("...nuestra disposición no nos permite disfrutar intensamente sino el contraste, y sólo en escasa medida lo estable").³⁹

³⁸ *El problema económico del masoquismo*, tomo III-2752. Subrayado mío.

³⁹ *V. Supra*, 8.

El acto sexual, tan paradigmático y poderoso como referencia para la experiencia placentera, y que en más de una ocasión es utilizado por Freud como muestra de que el placer sigue siempre a una descarga de la excitación, ahora vemos que aquí es ejemplo de que la creciente excitación que a él conduce, es un "incremento placiente", también.⁴⁰

Así que le pregunto a Freud, ¿Qué persigue entonces nuestro psiquismo: calmarse o la calma? ¿Dónde está lo placentero? Nos asomamos, de nueva cuenta, a los terrenos del deseo: ¿quiere el psiquismo dejar de desear, o quiere seguir deseando? ¿Está en su naturaleza el calmarse, saciarse con algo?

Yo sugiero: en la fuente del desear, sea cual sea, debe haber algo cuya intención no es la calma, sino seguir deseando para poder satisfacerse más, porque esto es lo que se quiere: estarse complaciendo. Así que, económicamente hablando, es cierto que para que haya placer, tiene que haber deseo, algo que ha de saciarse y que por contraste con la situación de necesidad o de ansia que nos produce, nos hace querer y reconocer su satisfacción. Pero me parece que no cualquier satisfacción complace igual, ni cualquier deseo da para los mismos niveles de satisfacción, por lo que, hablando de la economía libidinal de cada uno, acaso hay algunos deseos que merezcan más el ser atendidos, y es ahí donde habría que poner la atención si de descifrar la naturaleza del placer se trata. Si estamos buscando alguna clave para el placer, la pregunta es entonces: ¿Qué deseamos? ¿Qué nos complace? ¿Qué de ciertos deseos, ciertas tensiones o ciertas distensiones, más que de otros, hace surgir en nosotros la anhelada sensación? ¿A qué responde ese principio que regula nuestra conducta (si es que es él solo quien lo hace)?

Incluyo aquí un cuadro sinóptico esquematizando el desarrollo del principio del placer en el pensamiento freudiano, tal como se ha seguido hasta este punto. Se hace referencia a las fechas y obras en que Freud dio pasos importantes o introdujo nuevos términos en relación al tema.⁴¹

⁴⁰ En la lengua alemana la palabra "Lust" (placer) tiene dos sentidos, uno para designar el rol de la excitación o tensión sexual preliminar y el otro para el sentimiento de satisfacción. Esta ambigüedad del término no resuelve el problema, porque, tal como he querido mostrar, aun reconociendo ambos sentidos, Freud tiende a caracterizar al placer, y al principio que lleva su nombre, como aquello en cuya máxima realización "no se produce tensión ninguna". *Cfr. Tres ensayos para una teoría sexual*, tomo II, p. 1219.

⁴¹ Los títulos en negritas y comillas refieren a los términos cuando hacen su primera aparición. Los enunciados entre paréntesis refieren la primera aparición significativa de temas importantes relacionados

Desarrollo del Principio del placer en Freud

FECHA	OBRA	DESARROLLO DEL CONCEPTO
1895 (1950)	<i>Proyecto de una Psicología para neurólogos</i>	<p>"Tendencia a la inercia": tendencia de las neuronas a descargarse libremente de las cantidades de energía recibida.</p> <p>"Funcionamiento primario": recuperación inmediata del estado de inercia.</p> <p>"Funcionamiento secundario": necesidad de acumular o ligar ciertas excitaciones, por la influencia del mundo exterior, antes de lograr su descarga.</p>
1900	<i>La interpretación de los sueños</i>	<p>"Principio del displacer": es el displacer el que dirige la corriente de energía en los movimientos del aparato psíquico.</p> <p>(Acento en la naturaleza psíquica del deseo y el desear).⁴²</p>
1910	<i>Los dos principios del funcionamiento mental</i>	<p>"Principio del placer": se asocia con la tendencia a la satisfacción inmediata propia del funcionamiento primario.</p> <p>"Principio de realidad": adaptaciones del aparato psíquico, asociadas con el funcionamiento secundario, para aceptar el displacer impuesto por la realidad y modificarlo hasta lograr la satisfacción (que será más trabajosa y aplazada).</p> <ul style="list-style-type: none"> • Se indica una notable propensión de las pulsiones sexuales, a diferencia de las pulsiones de conservación del yo, a no someterse fácilmente al principio de realidad.⁴³

con el Principio del placer. Los párrafos puntualizados explican las determinaciones claves de Freud sobre el tema. En cuanto a las fechas de las obras, aquellas que se encuentran entre paréntesis indican el año de su primera publicación, en el caso de éste no sea el mismo que el de su composición.

⁴² El tema del deseo se verá en toda la segunda parte de la tesis. Lo que plantea Freud en esta obra, y en el *Proyecto de una psicología...* (que son las únicas en las que hace un tratamiento explícito del mismo), está en capítulo II.1

⁴³ Lo relativo a la distinción entre pulsiones sexuales y de conservación del yo, se verá en el punto II.3

1915	<i>Las pulsiones y sus destinos</i>	<ul style="list-style-type: none"> • Reiteración de que toda actividad del aparato anímico “es regulada automáticamente por las sensaciones de placer y displacer”. • Explicita indeterminación en la hipótesis de que el displacer se asocia con el incremento del estímulo, y el placer con su disminución. Hay una relación, pero es difícil de precisar. <p>(Atención en las pulsiones como estímulos internos, y su diferencia con los estímulos externos)⁴⁴</p>
1915-7	<i>Lecciones introductorias al psicoanálisis</i>	<ul style="list-style-type: none"> • Se reitera dominio del Principio del Placer sobre los demás procesos psíquicos. • Se reitera la relación del placer con la disminución, atenuación o extinción de las magnitudes de excitación acumuladas en el aparato psíquico y el displacer con su aumento y exacerbación. • Se identifica la búsqueda del placer con el fin de las tendencias sexuales.
1920	<i>Más allá del principio del Placer</i>	<p>“Principio de la constancia”: se establece relación del Principio del placer con el principio postulado por Fechner (tendencia a la estabilidad).</p> <p>“Principio de Nirvana”: referencia también a la expresión de Bárbara Low (tendencia a hacer cesar las excitaciones internas).</p> <ul style="list-style-type: none"> • El placer se relaciona con las cantidades de excitación de la vida anímica, pero también con algo más. Se sugiere que tal vez sea el ritmo. • Parece haber algo en el psiquismo que contradice al Principio del placer, pero no es ni el principio de realidad ni la represión. <p>(Nueva teoría de las pulsiones a partir de la “obsesión de repetición”)</p> <p>(Eros y pulsiones de muerte)⁴⁵</p>

⁴⁴ El tema de las pulsiones se verá en el transcurso de la segunda parte de la tesis. Lo tratado específicamente en esta obra (que es donde Freud da un primer acercamiento importante al tema), en el capítulo II.2

⁴⁵ Lo relativo a la nueva concepción de las pulsiones se encuentra en los capítulos II.5 y II.6

	(continúa <i>Más allá del principio del placer</i>)	<ul style="list-style-type: none"> • Duda explícita de Freud, acerca del objetivo que persigue el principio del placer: <ul style="list-style-type: none"> -despojar de excitaciones al aparato amónico, -mantenerlas en un nivel constante, o -llevarlas al nivel más bajo posible • "parece hallarse al servicio de las pulsiones de muerte."
1923	<i>El Yo y el Ello</i>	<ul style="list-style-type: none"> • Se mantiene inclinación a relacionar el principio del placer con las pulsiones de muerte. Analogía de la completa satisfacción sexual con la muerte.
1924	<i>El problema económico del masoquismo</i>	<p>"Principio de Nirvana": sirve a las pulsiones de muerte, como tendencia al nivel más bajo posible de excitación.</p> <p>"Principio del Placer": sirve a la libido y a Eros en la constitución de un carácter <i>cualitativo</i> de la disminución del estímulo.</p> <p>"Principio de Realidad": sirve al principio del placer en su adaptación a la necesidad impuesta por el mundo exterior.</p> <ul style="list-style-type: none"> • El principio del placer es, pues, "el guardián de la vida." • El aspecto cualitativo del placer queda sugerido pero indeterminado. También el hecho de que la cantidad de tensión no es necesariamente proporcional al placer y al displacer.

*

SEGUNDA PARTE

Una de las grandes aportaciones de Freud al saber de lo humano, es el reconocimiento de la importancia del mundo pulsional en nuestras vidas.⁴⁶ En ello se ha visto el complemento de una corriente de pensamiento que comenzó con Marx y Nietzsche, y que busca poner en la base de lo humano "el sentido de la tierra", su materialidad y su corporalidad.⁴⁷ Pero en Freud, esta vuelta a lo pulsional y al mundo de nuestros deseos más profundos, está envuelta en un aire grave, porque entraña la certeza de que aquello que agita en nuestro ser más íntimo, está atravesado en su esencia por un conflicto irresoluble.

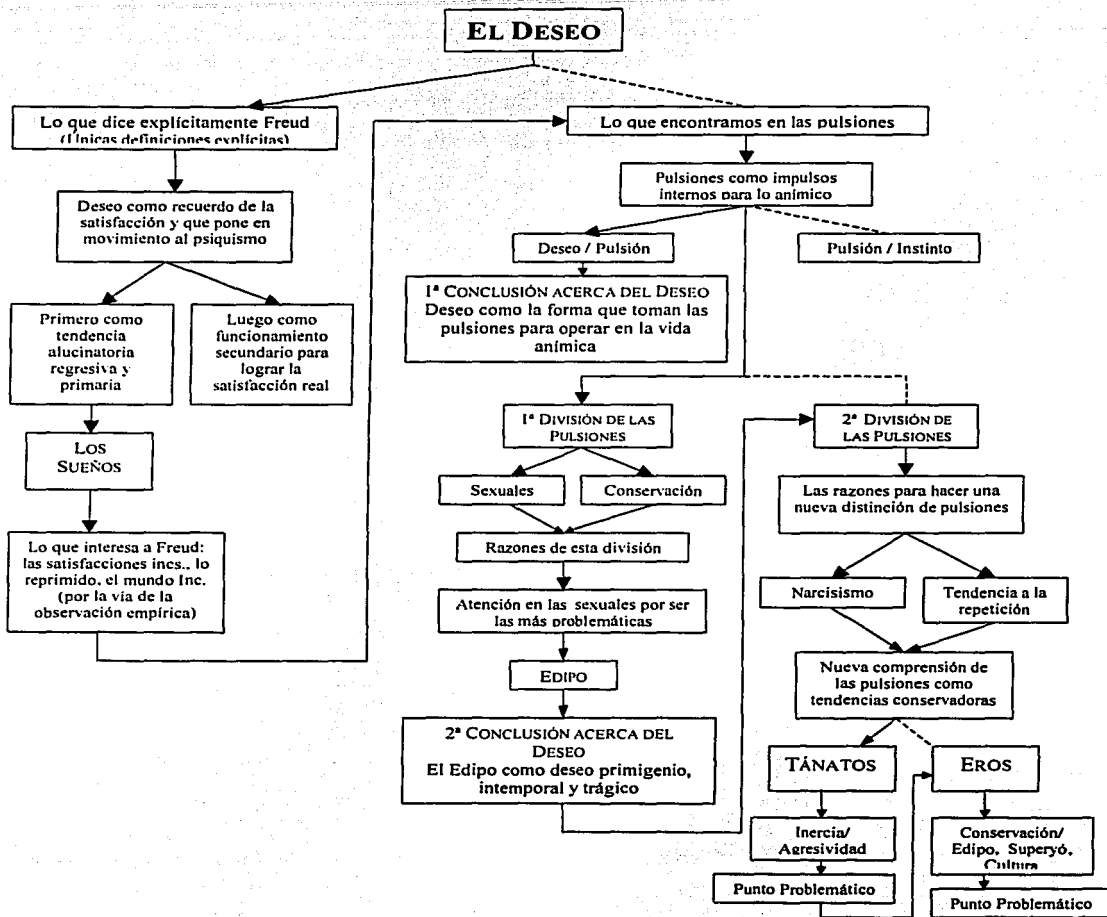
Según vimos, hablar de una primacía del principio del placer en nuestras vidas no nos dice mucho, si no nos adentramos en esa "cualidad" que hace que un placer nos satisfaga más que otro. De ahí que surgiera la necesidad de volver la mirada precisamente a lo que deseamos, al llamado profundo de estas pulsiones, para ver si en ello encontramos alguna clave que nos permita entender mejor al placer.

⁴⁶ Lo pulsional en Freud se constituye por aquellos estímulos para lo anímico procedentes del interior del cuerpo. Se trata de un ámbito problemático porque, si bien hace referencia a necesidades de origen fisiológico, se sitúa en un punto fronterizo entre lo somático y lo anímico. El tema se tratará con detalle en el capítulo II.2. Por lo pronto es importante mencionar que Freud habla de pulsiones (*trieb*) y no de instintos (*instinks*), en ciertas traducciones no se establece esta diferencia y se usa la palabra "instinto" para ambos casos. Tal es el caso de las traducciones de Peter Gay, Strachey, o Ballesteros, que es la que aquí utilizo (excepto en casos específicos, en los que tomo la de José L. Etcheverry, en Amorrotu, que sí respeta esa diferencia). Por esta razón, cada vez que diga "instinto" en las citas de Freud, debe leerse "pulsión".

⁴⁷ Recordemos que Paul Ricoeur llamó a estos tres pensadores los "filósofos de la sospecha" por la crítica que desde distinto frente hace cada uno a la cultura. V., Paul Ricoeur, *Freud, una interpretación de la cultura*, Siglo XXI, México, 1970. También V., Juliana González, *El malestar en la moral*, p.23

En esta segunda parte veré cómo entiende Freud a los deseos: cómo se forman, qué buscan, cuál es la relación que guardan con las pulsiones y con el complejo de Edipo, a los que da el padre del psicoanálisis tanta importancia. Seguiré muy de cerca la forma en que entiende a este complejo, y al camino por el que llegó a su distinción definitiva entre pulsiones eróticas y pulsiones de muerte. Me detendré entonces, especialmente, en los problemas que se abren al plantear una polaridad como ésta, pues si bien yo misma considero que hay una dualidad en los movimientos de nuestra interioridad, pretendo mostrar que la manera en que la comprende Freud entraña algunas contradicciones y lleva a ciertos puntos aporéticos, que nos obligan a pensar las cosas de otra manera.

Este será el recorrido:



II.1 Deseos

Freud generalmente no habla en términos de “deseo” y, sin embargo, el tema permea todo su pensamiento. En donde más nos revela algo de su naturaleza en forma explícita, es en el *Proyecto de una psicología para neurólogos* y sobre todo en *La interpretación de los sueños*. Después de estas obras sólo de paso habla del deseo, como dando por hecho lo que entiende por él, y a pesar de que cada uno de sus hallazgos enriquece esas primeras nociones, no regresa al tema de una manera expresa y directa. En cambio, nos habla cada vez más de las *pulsiones*, en cuya naturaleza penetra con más claridad, y ciertamente, ellas tendrán mucho que decir acerca de nuestro deseo. Pero sigamos todo esto muy despacio, que son terrenos complicados.

En el *Proyecto de una psicología...* dice Freud que el deseo, o la “atracción desiderativa”, es un estado neuronal de urgencia, energía o “catexia” que debe ser descargada o derivada -por aquella tendencia a la inercia-, a través de la motilidad o alguna acción específica. Este estado se asociaría a una imagen mnemónica (una representación en la memoria) del objeto que habría de satisfacerle, constituyéndose como deseo por esta asociación.⁴⁸

Más adelante, en un pasaje revelador de la *Interpretación de los Sueños*, dice que un deseo es esa corriente que parte del displacer hacia el placer, y agrega “...que sólo un deseo podía ser susceptible de poner en movimiento el aparato y que la derivación de la excitación era regulada automáticamente en él por las percepciones de placer y displacer.”⁴⁹

Retomando lo dicho en *El proyecto...*, dirá Freud que el primer deseo debió surgir con el recuerdo de la primera experiencia de satisfacción, a la cual quedaría ligada una carga mnémica incapaz de suprimir por sí sola a la necesidad, en cuanto ésta volviera a presentarse, pero

⁴⁸ V. *Proyecto de una Psicología para neurólogos*, 1-231, 233

⁴⁹ *Interpretación de los sueños* 1-708, subrayado mío.

suficiente para reconocerla y poner en movimiento al aparato de manera que éste atrajera nuevamente el suceso satisfactorio. ("Tal impulso es lo que calificamos como deseos").⁵⁰

Siguiendo esta idea dice todavía que, por su tendencia a la inercia, aquel recuerdo de la primera satisfacción, habría tendido originalmente a repetirse como *alucinación* cuando la necesidad volviera a presentarse, generando en el sistema la sensación de un restablecimiento de la satisfacción. Pero pronto amargas experiencias de la vida habrían mostrado al sistema que con este camino alucinatorio y *regresivo*, la satisfacción no se verificaba realmente, obligándolo a modificar esta actividad mental *primitiva* y convirtiéndola en una actividad *secundaria* más adecuada al fin, es decir, deteniendo la regresión alucinatoria, y poniendo en acción al aparato con el impulso del deseo (la huella o carga mnémica), para lograr una satisfacción real, esto es, una liberación de la tensión originada por la necesidad.⁵¹

Freud comenta esto en ocasión de los sueños, porque veía en ellos un camino para la realización de deseos, justamente a la manera de esta tendencia alucinatoria primitiva. "Realizando sus deseos por un breve camino regresivo, nos conserva el sueño una muestra del funcionamiento *primario* del aparato psíquico, funcionamiento luego abandonado por su inadecuado fin. Aquello que dominaba en la vigilia cuando la vida psíquica era aún muy joven y poco trabajadora, aparece ahora confinado a la vida nocturna."⁵²

Lo que llamará la atención de Freud en todo esto, es que las singularidades y absurdos del aspecto de los sueños, nos impedirían muchas veces reconocer los deseos que la vida onírica estaría satisfaciendo con ellos. En ello vio el efecto de una *censura psíquica*, que actuaría sobre los deseos durante la formación de dichos sueños, pues, en efecto, estos deseos serían de una naturaleza tal, que sólo se constituirían en estímulos del sueño, cuando provinieran del

⁵⁰ *Ibid.*, 1-689

⁵¹ *Ibid.*, Cfr. 1-689. En una nota agregada a esta página en 1914, nos indica Freud cómo estas investigaciones son llevadas adelante en *Los dos principios del funcionamiento mental*, es decir, con la postulación del principio del placer y el de realidad, y vemos también su relación con las funciones primaria y secundaria, de los que ya hablamos. Por lo demás, todas son aproximaciones a esta misma idea de la tendencia a la inercia, la estabilidad, la no excitación.

inconsciente reprimido, y por lo tanto, dirá Freud, de la vida infantil; deseos sepultados en el inconsciente alguna vez y ávidos de realizarse, encontrando, como uno de sus posibles caminos, el de enlazarse a representaciones no censurables por el psiquismo, para ocultarse detrás de ellas y transferirles su intensidad, con los sueños.⁵²

Descubría Freud el Inconsciente y todo un mundo de deseos susceptibles de ser reprimidos, por ciertas razones que ya veremos. Estos mismos deseos reprimidos se manifestarían también a través de la fantasía (aquella tendencia alucinatoria convertida después en los “sueños diurnos” o el arte), el chiste y el humor, los actos fallidos, y en su caso más grave, en las patologías y todos sus síntomas -vertiente por la que Freud emprende largas exploraciones. Y así vemos como se despega el padre del psicoanálisis de un tratamiento especulativo del deseo, para recorrer sus caminos por la vía de la observación empírica, numerosos sueños y casos clínicos analizados, en los que todo el tiempo está hablando de deseos, pero sin la intención de extraer de ello una definición o una comprensión sintética del mismo.

II.2 Pulsiones

Paralelamente, Freud empieza a hablar también en términos de “excitaciones internas”, “impulsos”, y más específicamente, de “pulsiones” en cuanto tales: *trieb*, exigencias de trabajo impuestas a lo anímico, procedentes del interior del cuerpo (y diferentes, por esto de las excitaciones o estímulos externos) y que arriban al alma en la forma de estímulos constantes, a consecuencia de su conexión con lo somático.

Las pulsiones son originalmente inconscientes y provienen del *Ello*, la más antigua de todas las provincias de nuestro psiquismo, y que tiene por contenido todo lo heredado, lo innato,

⁵² *Ibid.*, I-690

⁵³ De hecho, desentrañar los enredos de estos deseos y los caminos por ellos tomados en la vida onírica, fue el objetivo de su monumental obra, *La interpretación de los Sueños*.

lo constitucionalmente establecido. Su *fuerza* será ubicada por Freud siempre en el orden de lo fisiológico, orgánico, en alguna zona del cuerpo. Su *fin* es la satisfacción de una necesidad (es decir, la supresión de la excitación de origen, mediante el logro de una cierta homeostasis), y esta necesidad puede cambiar su fin por *desplazamiento*, *coartación* o *sublimación*, procesos que, de acuerdo con Freud, ocurren no sin considerables complicaciones. También el *objeto* de las pulsiones, el medio a través del cual se satisfacen, es variable; de hecho, mucho más que el fin.

Es importante resaltar que Freud habla generalmente de "pulsiones" (*trieb*) y sólo en casos muy aislados de "instintos" (*instinkts*). No se detiene en hacer esta distinción, pero se ha visto en ella que los primeros tienen una connotación indefinida, no unívoca, que puede tomar varios caminos, a diferencia de los instintos, que serían completamente mecánicos y animales.³⁴

Ahora bien, hay una estrecha relación entre los deseos y las pulsiones, pero Freud no se ocupó en trazar explícita y claramente aquello que los distingue. De ambos nos dice que son quienes ponen en marcha al aparato psíquico, desde el interior del mismo, con una tendencia hacia la satisfacción; pero podemos aventurar que, mientras hablar de pulsiones implica poner el acento en el origen fisiológico de estos estímulos, origen corporal, nacido desde la entraña oscura del Inconsciente -aunque capaz de devenir consciente, en la medida en que implica para la vida anímica una exigencia de trabajo que a ésta le correspondería satisfacer-, hablar de deseos acentúa la traducción de estas pulsiones en representaciones (alucinaciones o cargas mnémicas, diría Freud). De manera que entonces las pulsiones serían las representantes de los mecanismos fisiológicos en el psiquismo (representantes, ellas mismas, no unidireccionales sino en búsqueda

³⁴ Al respecto, Antonio Mora apunta: "El término instinto conlleva una serie de elementos mecanicistas, de corte determinista, tal como es normal en la literatura psicológica del siglo XIX. Sin embargo, en Freud nos vamos a encontrar con un nuevo concepto de dicho término mucho más amplio y alejado de la connotación fisiologista." A. Mora, M., *Freud, de la libido al eros*, Universidad de Málaga, 1979, p.60. De acuerdo con este autor, Freud usa el término "instinto" a la manera decimonónica, sólo en contextos que se refieren a la vida animal, o a la fuga motora ante estímulos externos, y la aportación freudiana, con el término "pulsión", consiste en afirmar la contingencia tanto del objeto de estos impulsos, como de su fin. *Ibid.* Cfr. también Juliana González, 1997, *Op. Cit.* P.65. Con esto vemos que la discusión se centra en las pulsiones en tanto son exigencias de trabajo sin sentido definido, y que por esta razón juegan un papel problemático en la vida de las personas.

de sentido, como diría Paul Ricoeur,⁵⁵ y los deseos, la forma que éstas toman en la vigilia o el sueño del individuo a partir de experiencias, imágenes u objetos particulares.

Esto parece confirmarse si recordamos que cuando más toca Freud el tema de los deseos es cuando trata el problema de los sueños, o menos abundantemente, el de las fantasías diurnas, por ser momentos en que los deseos juegan un papel importante debido a su calidad de representaciones o imágenes con contenidos de la vida particular de cada individuo. También al hablar de las neurosis, o del Edipo, según veremos, habla del deseo del niño por la madre, o del paciente por una figura edípica, y otras expresiones similares, lo que deja ver que aunque las pulsiones están en juego, la atención va en las formas que éstas han adoptado en su aspiración a la satisfacción.

Otro motivo de esta diferencia entre deseos y pulsiones aparece en la siguiente nota: "A mi juicio, la antítesis de consciente e inconsciente carece de aplicación al instinto. Un instinto no puede devenir nunca objeto de la conciencia. Únicamente puede serlo la idea que lo representa. Así pues, cuando empleando una expresión inexacta hablamos de impulsos instintivos, inconscientes o reprimidos, no nos referimos sino a impulsos instintivos cuya representación ideológica es inconsciente."⁵⁶ En otras palabras, sólo la pulsión vuelta deseo, a través de una representación o imagen, puede ser consciente o inconsciente, y será a través de la dirección tomada con dicha imagen, como la pulsión operará en la vida anímica.⁵⁷

⁵⁵ "Jamás encara el psicoanálisis fuerzas desnudas, sino siempre fuerzas en busca de sentido; esta conexión de la fuerza con el sentido es lo que convierte a la pulsión misma en una realidad psíquica o, más exactamente, en concepto-límite en la frontera de lo orgánico y lo psíquico" Paul Ricoeur, *Op. Cit.*, p.132. Antonio Mora ve aquí una cercanía con el concepto de "intencionalidad" de Brentano, por estar, las pulsiones, referidas siempre a un objeto. *Cfr.* A. Mora, *op. Cit.*, pp. 63-64

⁵⁶ *Lo Inconsciente*, II-2067

⁵⁷ En todo esto asoma una diferencia que Freud maneja y en la que tampoco se detiene, entre *trieb* (pulsión) y *triebrepresentanz* (agencia representante de pulsión). Strachey la señala y distingue dos grupos de citas a lo largo de la obra freudiana, unas en las cuales la pulsión y su representante psíquico parecen ser lo mismo, y otras en las que la diferencia entre ambos términos es muy evidente. En relación al segundo grupo de citas, que es el más tardío, dice Strachey: "En este segundo grupo de citas la pulsión ya no es considerada como agencia representante psíquica de mociones somáticas, sino más bien como no-psíquica en sí misma." V. Strachey, nota introductoria a Freud, *Pulsiones y destinos de pulsión*, Amorrortu, Buenos Aires, 1976, p.108-109. En cualquier caso, también esto deja ver que el concepto de "pulsión" en Freud deja cierto

La distinción cobra importancia si vemos que en la formación de deseos interviene algo más que lo pulsional: justamente eso que le da forma y sentido a las pulsiones y que, conciente o inconscientemente, vendría de otra parte del mismo psiquismo, ya sea del recuerdo, del *superyó*, de la imaginación y la fantasía -tal vez, aunque también, en muchos casos, de algún objeto externo presente a la percepción. Así, si ya en las pulsiones podemos ver el punto de conexión entre lo fisiológico y lo anímico (el concepto límite que Freud mismo señala, y Ricoeur acentúa),⁵⁸ por ser excitaciones que "...no poseen por sí cualidad alguna, debiendo considerarse tan sólo como cantidades de exigencia de trabajo para la vida psíquica",⁵⁹ en la formación de deseos podríamos acercarnos todavía más a ese intersticio por el cual algo se abre en la dimensión de nuestros procesos anímicos y los aleja de cualquier determinismo o mecanicismo fácil.

Partiendo de lo anterior, se podría decir que nuestras satisfacciones no están determinadas nada más por la naturaleza de las pulsiones -pues en última instancia, éstas serían indefinidas-, sino sobre todo por la forma que éstas tomen, después de determinados procesos, hasta convertirse en deseos, porque es con esta forma como operan en la vida anímica; de aquí que un punto importante para entender aquella cualidad que da contenido al placer, estaría justamente en analizar esos procesos por los cuales los deseos toman forma.

Por otra parte, esto me tienta a afirmar que éstos últimos, nacidos en cada individuo tras muy diversos entramados, serían lo que nos individualiza: compartiríamos todos la naturaleza de las pulsiones, mas no necesariamente la de los deseos, que serían sólo nuestros, sólo de cada uno. Pero esto es ir muy rápido, porque Freud verá un deseo común a todos, justamente aquel que habrá de ser reprimido, asomándose después en los sueños, los actos fallidos y las neurosis.

Así que regresemos por lo pronto a las pulsiones, de las que tenemos tanto material -en efecto, el padre del psicoanálisis sostenía que había que fundar todo el suceder anímico en el

rango de ambigüedad respecto al paso de lo físico a su representación en lo anímico, y es ahí donde se vuelve clave el papel que juega el deseo.

⁵⁸ V. *Una teoría sexual y otros ensayos*, II-1191. Y Paul Ricoeur, *supra* (55)*

dinamismo de las pulsiones elementales, y al no encontrar en la psicología de su tiempo una teoría seria sobre el tema, se decidió a elaborarla él mismo.⁶⁰ Rastreamos qué más aportan ellas a nuestros deseos, pues, según lo dicho, de ellas surgen, en gran medida.

II.3 “Hambre y Amor”

En un primer momento Freud distingue dos grupos de pulsiones fundamentales: las *pulsiones sexuales*, y las *pulsiones del yo o pulsiones de conservación*; la libido sería la manifestación energética de las primeras, y el hambre lo sería de las pulsiones de conservación. Esta división fue tentativa y la justificó en varias observaciones.

Una de ellas fue la de que la sexualidad no puede equipararse a las demás funciones del individuo, dado que sus propósitos van más allá del mismo y aspiran a la producción de nuevos individuos, esto es, a la conservación de la especie. “Es indudable que el ejercicio de esta función no resulta siempre como el de las restantes, útil y provechoso para el sujeto, sino que, por el contrario, lo expone, a cambio del extraordinario placer que puede procurarle, a graves peligros, fatales para su existencia.”⁶¹

Otra de las razones de esta división, fue que el análisis de la histeria y la neurosis obsesiva (también llamadas *neurosis de transferencia*, que son en las que inicialmente centró su atención el psicoanálisis) mostraba que un tipo de pulsiones, las sexuales, se dirigía hacia objetos, es decir, se proyectaba hacia afuera revistiendo a dichos objetos de energía libidinal (de donde adquieren también el nombre de pulsiones “objetales”, “libidinales” o “amorosas”), mientras que los del *yo*, se concentraban en el propio individuo para su conservación. Las neurosis de

⁵⁹ *Ibidem*.

⁶⁰ *Psicoanálisis y teoría de la libido* III-2675

⁶¹ *Nuevas lecciones...* II-2381

transferencia surgieran precisamente por el conflicto entre las aspiraciones de estas dos tendencias, pues sus síntomas serían la expresión de impulsos sexuales reprimidos por el yo.

Y otra razón de la distinción entre las pulsiones sexuales y las de autoconservación, se encuentra en la diferencia de respuesta que los dos tipos de pulsiones adoptan respecto a las excitaciones producidas por estímulos externos. Estas excitaciones provenientes del exterior del organismo son concebidas por Freud como aquello que ha impuesto su desarrollo a la humanidad, y cuya acción sigue ejerciéndose en la misma dirección: se trata de la frustración impuesta por la realidad, es decir, la *necesidad (Anake)*, "severa educadora del hombre" que constituye el motor de su desarrollo, y que hizo surgir el ya mencionado principio de realidad. El punto sería que las pulsiones de conservación son más fácilmente educables y aprenden tempranamente a plegarse a esta necesidad y a conformar su desarrollo de acuerdo con las indicaciones de la realidad -cosa que se explica por el hecho de que no podrían procurarse de otro modo los objetos de los cuales precisan y sin los que correrían el peligro de perecer. Por el contrario, las tendencias sexuales, susceptibles en principio de una satisfacción autoerótica o por la vía de la fantasía, escaparían a la influencia educadora de la necesidad real, conservando muchas veces en los hombres, gran parte de este carácter arbitrario, caprichoso, refractario y enigmático.

En un momento avanzado de su obra apuntó Freud:

Mas no pudimos averiguar qué otras diferenciaciones era preciso hacer. Ningún otro conocimiento hubiera sido tan importante para la fundación de una psicología verdadera como una aproximada visión de la naturaleza común y las eventuales peculiaridades de los instintos. Mas en ningún sector de la psicología se andaba tan a tientas [...] El psicoanálisis, que no podía prescindir de establecer alguna hipótesis sobre los instintos, se atuvo al principio a la diferenciación popular de los mismos, expresada en los términos de "hambre" y "amor". Esta división, que por lo menos no constituía una nueva arbitrariedad, nos bastó para avanzar considerablemente en el análisis de las psiconeurosis. El concepto de sexualidad, y con él, el de instinto sexual, tuvo, naturalmente, que ser ampliado hasta encerrar en sí mucho más de lo relativo a la función

procreadora, y esto originó grave escándalo en el mundo grave y distinguido o simplemente hipócrita.⁶²

En efecto, gran parte de la obra freudiana está dedicada al estudio del desarrollo sexual del individuo, por considerar a las sexuales como las pulsiones más problemáticas. En realidad, la naturaleza de las pulsiones del yo también era un enigma, y por mucho tiempo permaneció indeterminada e inaccesible al análisis, que únicamente veía en ella a la instancia represora y resistente de las pulsiones sexuales. Pero precisamente por esta susceptibilidad de la sexualidad a ser reprimida, la atención se centró primero en ella.

Ningún otro grupo de instintos ha experimentado un más amplio sojuzgamiento por las exigencias de la educación civilizada como precisamente los sexuales. [...] Ningún instinto ha tenido que soportar, desde la infancia, tantas represiones como el instinto sexual [...] y de ningún otro perduran tantos y tan intensos deseos inconscientes.⁶³

Aquellos deseos manifestándose en los sueños y las neurosis, que llamaban la atención de Freud, provendrían pues, en principio, de estas pulsiones. Asomémonos a ellos, cuál puede ser su naturaleza que los vuelve tan problemáticos, propensos a la represión, las fijaciones y a otros tantos procesos inconscientes para el sujeto, causantes de sueños tan absurdos y complejos trastornos en la vida psíquica. Veamos cuál es, para Freud, ese deseo común a todos, ese deseo en todos reprimido, y en qué medida es él quien, a los ojos de este pensador, impide la realización plena del placer.

⁶² *Más allá del principio del placer*, III-2534. En otro lugar Freud aclara que la idea del hambre y el amor le fue sugerida por Schiller, el "poeta filósofo". Ballesteros observa que el aforismo proviene de *Los omniscios*, cuya última estrofa dice, en paráfrasis, lo siguiente: "Hasta que la filosofía no consolide / el edificio de este mundo, / Natura regulará sus engranajes / con el hambre y el amor." *Malestar en la Cultura* III-3049. (V. N del T.)

⁶³ *La interpretación de los sueños*, tomo I pp.255 y 452

II.4 Edipo

Explica Freud: en el fondo del hombre yace un deseo sexual profundo, intemporal, ciego, latido de la especie por conservarse. En un primer momento este deseo es vivido narcisistamente, el niño no distingue su yo del mundo y todo lo que le satisface le parece venir de sí mismo. Pero no tarda el individuo en descubrir un primer ser externo, un otro, que es la madre, fuente de todos sus placeres. Al mismo tiempo, toda ocasión de displacer es alejada de sí, y tenida por algo ajeno y extraño. El deseo sexual se vierte entonces sobre la madre, con todo su impulso inicial, y muy pronto la figura paterna aparece como un obstáculo para esta unión, de lo que deriva un odio original por el padre, y un deseo de darle muerte.

Es el complejo de Edipo tal como Sófocles lo sacara a la luz en su tragedia.⁶⁴ Alguna vez en la historia de la humanidad, dirá Freud, los hombres vivieron abiertamente este conflicto. Pero la autoridad del padre (del tótem) se impuso, y el parricidio y el incesto (tabúes) terminaron por prohibirse para siempre jamás.

Mas aquel oscuro deseo no desapareció del corazón de los hombres: una y otra vez renace en cada individuo, es reprimido y sometido a una larga cadena de transformaciones, volviéndolos a todos más o menos neuróticos, más o menos portadores de un sentimiento de culpa. Como señala Juliana González, será justamente la prohibición de este deseo lo que hará surgir en el hombre al *superyó* y, con él, a la moralidad y la culpa.⁶⁵

Con el Edipo mostraba Freud cómo la sexualidad está sumamente presente en la vida de todos los individuos desde la más tierna infancia. Esta sexualidad infantil integraría numerosos rasgos de aquello que en los adultos era calificado de "perversión", es decir, sexualidad cuyo fin primordial no sería la procreación. La idea era que la pulsión sexual se compone de diversas

⁶⁴ Respecto al término "complejo", dice Freud: "Es muy apropiado dar, siguiendo el ejemplo de la escuela de Zurich (Bleuler, Jung y otros), el nombre de complejo a una agrupación de elementos ideológicos conjugados y saturados de afecto." *Psicoanálisis*, tercera conferencia, II-1547

pulsiones parciales, las cuales tenderían al principio (es decir, en la primera infancia), independientemente unas de otras y desde distintas zonas erógenas, a la satisfacción (de donde surgiría el concepto de sexualidad infantil "perversa polimorfa"), pero con el curso del desarrollo del individuo, quedarían cada vez más sintetizadas y centradas en los genitales y la procreación.

De acuerdo con esto, se sucederían entonces diferentes estados o etapas del desarrollo de la libido (oral, anal, fálica, latencia y genital), durante algunas de las cuales el Edipo jugaría un papel nodal, y la tendencia final de este desarrollo sería -en relación con este complejo- la superación del mismo, con la proyección a un nuevo objeto sexual no incestuoso, que permitiera el cumplimiento de una relación sexual heterogénea y procreadora.⁶⁵

El énfasis freudiano recae en que era común que, durante este desarrollo, se dieran situaciones que impidieran una superación "normal" del Edipo, que partes aisladas de las pulsiones parciales fueran reprimidas o quedasen detenidas en alguno de estos estados, produciendo así las "fijaciones" de la libido, muy importantes como disposiciones a ulteriores neurosis y perversiones.

Vale la pena resaltar que una de estas fijaciones será el antecedente del sadismo y el masoquismo, particulares formas de la perversión que Freud ubicó, durante un primer periodo de su pensamiento (hasta 1920, con *El problema económico del masoquismo*), como tendencias agresivas derivadas del impulso sexual (específicamente, de su desenvolvimiento durante la etapa

⁶⁵ Juliana González, *El malestar en la moral*, pp. 157-163

⁶⁶ Aquí observamos cómo aunque Freud llama la atención sobre la enorme presencia de la sexualidad en la vida humana (desde la infancia, con la oralidad, la analidad, lo erógeno de las distintas zonas del cuerpo y este deseo de unión, tan precoz y vehemente), no por ello dejó de identificar a la sexualidad "normal" con el fin último de la procreación. Toda sexualidad cuyo fin principal fuera el placer, sería "perversa" (sin que este adjetivo tuviera alguna connotación peyorativa o moral), porque habría desviado el cumplimiento procreador de dicha función biológica. (Cfr. *Lecciones introductorias al psicoanálisis*, II-2327, y en general las lecciones XX y XXI). En este sentido, es interesante la observación de Norman Brown cuando dice: "Pero si la sexualidad infantil considerada de acuerdo con el común de la sexualidad normal adulta es perversa, del mismo modo, la sexualidad normal adulta, considerada de acuerdo con el común de la sexualidad infantil, es una restricción innatural de las potencialidades eróticas del cuerpo humano." Y en otro momento "La sexualidad infantil es la persecución del placer obtenido por la actividad de cualquiera y de todos los órganos del cuerpo humano. Definida de este modo, la esencia última de nuestros deseos y de

anal), y vertidas al exterior o al interior del sujeto, según tomaran la forma activa o pasiva, respectivamente, de dicha fijación. De acuerdo con Freud, la significación "biológica" de estas tendencias agresivas y dominadoras estaría "...en la necesidad de vencer la resistencia del objeto sexual de un modo distinto a por los actos del cortejo."⁶⁷

Así pues, vemos la importancia que adquiere el complejo de Edipo en la teoría freudiana de la sexualidad, y el acento que pone en la necesidad de su superación, la cual consistirá en ir en contra del impulso original y, por tanto, contra el primer latido del principio del placer, el más fuerte y poderoso, anteponiendo a él un límite, una desviación, que inhiba lo originario y espontáneo que hay en él, para insertarlo en el orden de la moral y la cultura.

Me interesa llamar la atención sobre el hecho de que, sean cuales sean los caminos que tome cada individuo ante la situación edípica, parece sostener Freud que este deseo subyacerá siempre en el fondo del psiquismo, intemporal, inmodificable, inextirpable, como el "verdadero deseo", deseo esencial y primigenio, nunca plenamente realizado, ni realizable.

Si el destino de Edipo nos conmueve es porque habría podido ser el nuestro y porque el oráculo ha suspendido igual maldición sobre nuestras cabezas antes que nacióramos. Quizá nos estaba reservado a todos dirigir hacia nuestra madre nuestro primer impulso sexual y hacia nuestro padre el primer sentimiento de odio y el primer deseo destructor. Nuestros sueños testimonian de ello. El rey Edipo, que ha matado a su padre y tomado a

nuestro ser es, ni más ni menos, el goce de la vida activa de todo el cuerpo humano." N.Brown, *Eros y Tánatos*, pp.43 y 45

⁶⁷ *Tres ensayos para una teoría sexual*, II-1185. Continúa la cita: "El sadismo corresponderá entonces a un componente agresivo del instinto sexual exagerado, devenido independiente y colocado en primer término por medio de un *desplazamiento*. El concepto de sadismo comprende desde una posición activa y dominadora respecto al objeto sexual hasta la exclusiva conexión de la satisfacción con la humillación y el maltrato del mismo. En sentido estricto, solamente el último caso extremo puede denominarse perversión. De un modo análogo, el concepto de masoquismo reúne las actitudes pasivas con respecto a la vida erótica y al objeto sexual, siendo la posición extrema la conexión de la satisfacción con el voluntario padecimiento de dolor físico o anímico producido por el objeto sexual. El masoquismo, como perversión, parece alejarse más del fin sexual normal que la perversión contraria; es dudoso si aparece originariamente o si más bien se desarrolla partiendo siempre del sadismo y por una transformación de éste." (*Ibidem.*) Hago esta nota porque más adelante veremos un cambio en la comprensión freudiana del sadismo y el masoquismo, ya no nada más como derivaciones de las pulsiones sexuales, sino como frutos de la amalgama entre éstas y las pulsiones de muerte o, incluso, como manifestaciones esenciales de éstas últimas (en la parte II.6.1).

su madre en matrimonio, no es sino la realización de nuestros deseos infantiles [...] Como Edipo, vivimos en la ignorancia de aquellos deseos inmorales que la Naturaleza nos ha impuesto, y al descubrirlos quisiéramos apartar la vista de las escenas de nuestra infancia.⁶⁸

El acento de Freud va en el contenido del Edipo, más que en la oposición entre el destino y la voluntad humana -esta misma base de la fatalidad no nos conmueve tanto en otras tragedias, dirá, y nos parecen inaceptablemente arbitrarias, pero en ésta, aquí "una voz interior nos impulsa a reconocer el poder que ejerce sobre nosotros [...] porque hiere en todo hombre una íntima esencia natural".⁶⁹ "... 'En vano te resistes contra tu responsabilidad y en vano invocas todo lo que has hecho para reprimir estas intenciones criminales. Tu falta no se borra con ello, pues tales impulsos perduran aún en tu inconsciente, sin que hayas podido destruirlos'..."⁷⁰

Estos deseos de nuestro inconsciente, siempre en actividad y, por decirlo así, inmortales, deseos que nos recuerdan aquellos titanes de la leyenda sobre los cuales pesan desde tiempo inmemorial inmensas montañas que fueron arrojadas sobre ellos por los dioses vencedores y que aún tiemblan de tiempo en tiempo, sacudidas por las convulsiones de sus miembros; estos deseos reprimidos, repito, son de procedencia infantil, como nos lo ha demostrado la investigación psicoanalítica de las neurosis.⁷¹

La fuerza del Edipo radica, entonces, en nacer en la infancia como ese deseo que tiende primordialmente al placer de la fusión originaria con la madre, a la negación de la diferencia y las tensiones para permanecer en la satisfacción total del principio; un deseo que después se convierte en odio por el padre que impide y tal unión, y que será condenado y reprimido por esta

⁶⁸ *La interpretación de los sueños*, I-507-508

⁶⁹ *Cfr. Ibid.*, I-508

⁷⁰ *Lecciones introductorias al psicoanálisis*, II-2329. Esta intemporalidad que encuentra Freud en los deseos inconscientes por su pertenencia al Inconsciente reprimido aparece también en esta nota: "Los procesos del sistema Inc. Se hallan fuera del tiempo; esto es, no aparecen ordenados cronológicamente, no sufren modificación alguna por el transcurso del tiempo y carecen de toda relación con él." *Lo Inconsciente*, II-2073

⁷¹ *La interpretación de los sueños*, I-682

doble tendencia. Intemporal, sepultado así en un Inconsciente ajeno al tiempo, este conflicto pierde todo vínculo con la realidad y es, sin embargo, el motor que impulsa el rompimiento de la circularidad narcisista y la creación de la cultura.

Como dice Juliana González:

La humanidad entera, según Freud, hereda la tragedia edípica fundamentalmente porque, como Edipo, todo ser humano permanece ciego a su destino interior que subyace inconsciente en el trasfondo del alma; ciego al primer deseo de la infancia, que es el más reprimido, censurable e inaceptable para la conciencia moral, y que es, a la vez, el más poderoso, invencible e inmortal. Porque necesita, en suma, como Edipo, escapar de algún modo a este destino telúrico para poder construir la cultura.⁷²

Esta comprensión intemporal e inmodificable del deseo en Freud, es pues, también comprensión trágica: el hombre como este ser que desde lo profundo de su inconsciente clama por la satisfacción de un deseo al que ha de renunciar; un deseo que, o bien se inserta poco a poco en la moral y la cultura -sin obtener, por este camino, nada más que pequeños placeres culturizados, placeres “domeñados” y “coartados en su fin” (aquella vida sexual heterogénea y procreadora)-, o bien se rebela, indomable, volviendo ineficiente todo imperativo, toda construcción conciente que intente imponérsele, haciendo padecer al individuo entre los desmanes de alguna patología.

El deseo edípico, en su doble tendencia (amor a la madre-odio por el padre, o viceversa), no se realiza nunca de hecho (o sólo excepcionalmente), señala Freud, sino que permanece siempre como deseo, pero el sentimiento de culpa por albergarlo en lo más íntimo (culpabilidad, también ella, inconsciente la mayoría de las veces), aparece de cualquier manera. Con ello,

⁷² Juliana González, *El Malestar e la moral*, p.77

El individuo ha trocado una catástrofe exterior amenazante -pérdida de amor y castigo por la autoridad exterior-, por una desgracia interior permanente: la tensión del sentimiento de culpabilidad.

El *superyó*, o sea, la conciencia moral que actúa en él, puede, pues, mostrarse dura, cruel e implacable contra el *yo* por él guardado.⁷³

Así nos muestra Freud la contundencia del deseo, la fuerza con la cual cobra un papel fundamental en nuestras vidas. Lejos de pronunciarse por una visión exaltada y fervorosa del mismo, como lo haría por ejemplo Nietzsche,⁷⁴ nos recuerda la implacabilidad del *superyó*, el drama interno por el cual se renuncia al reino del placer, para ingresar en el de la prohibición. Ningún deseo habrá tan poderoso y esencial como éste, ningún placer, por esto mismo, lo será tampoco.

Volveré más adelante a los terrenos del Edipo, cuando haya terminado el recorrido por las pulsiones, que nos reservan todavía su carta más fuerte, su lado más oscuro.

II.5 Giro en las pulsiones

Freud siempre consideró que su primera división de las pulsiones era tentativa. Conforme fue ahondando en el psiquismo humano, diversos elementos le hicieron evidente que algo no checaba, que hacía falta modificar la comprensión hasta entonces manejada.

Uno de estos elementos fue el *narcisismo*. A partir de su incursión en la demencia precoz y otras afecciones psicóticas, el psicoanálisis empezó a estudiar cada vez más al *yo*. El principal hallazgo en este sentido, fue que la libido de los objetos podía transformarse en carga del *yo*, y

⁷³ Freud, *El malestar en la cultura y El problema económico del masoquismo*.

⁷⁴ Recordemos esa ironía y esa vitalidad mordaz de Nietzsche, por un momento: "¿Se ha desuncido ya la voluntad del yugo de su propia tontería? ¿Se ha convertido ya la voluntad, para sí misma en un libertador y en un portador de alegría? ¿Se ha olvidado el espíritu de la venganza y todo rechinar de dientes?" "¡Aprended, pues, a reiros de vosotros sin preocuparos de vosotros mismos! Levantad vuestros corazones, vosotros buenos bailarines, ¡arriba! ¡Más arriba! ¡Y no me olvidéis tampoco el buen reír! (F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, "De la redención" p. 206 y "Del hombre superior", p. 384)

viceversa, con lo que las pulsiones de conservación mostraban tener también una naturaleza libidinosa, o en otras palabras, eran pulsiones sexuales que en vez de los objetos exteriores habían tomado por objeto al propio *yo*. A esta libido de las pulsiones de conservación se la denominó "libido narcisita" y en ella fueron reconocidos el amor propio y el egoísmo.

La fórmula primera de las neurosis de transferencia precisaba, pues, ahora, no de una rectificación, pero sí de una modificación: en lugar de un conflicto entre pulsiones sexuales y pulsiones del *yo* hablamos mejor de un conflicto entre la libido del objeto y la libido del *yo*, o, puesto que la naturaleza de los instintos era la misma, entre las cargas de objeto y el *yo*.⁷⁵

Hay que mencionar que por aquel entonces C. G. Jung, originalmente discípulo del psicoanálisis, se había separado de él, en gran medida por no aceptar la división freudiana de las pulsiones. Jung admitía una sola libido primordial, que podía ser sexualizada o desexualizada. En palabras de Freud, esto hacía de ella un "sinónimo superfluo" de la energía psíquica en general, con la que, en esencia, coincidiría; forzaba entonces, dicha concepción unitaria, a hacer caber todo en un mismo nombre, cuando era evidente que no todas las pulsiones podían ser de la misma naturaleza.⁷⁶

Y, sin embargo, ahora el psicoanálisis parecía aproximarse a esta concepción unitaria. Pero Freud, esencialmente dualista, se apresuró a decir que si las pulsiones de autoconservación del *yo* eran reconocidas como libidinosas (lo cual, por otra parte, no contradecía todos sus hallazgos hasta entonces, porque los conflictos entre ambas formas de estas pulsiones seguían siendo los mismos), ello no demostraba que en el *yo* no actuaran también *otras* pulsiones.

Paralelamente a esto, se encontraba ya dudando del dominio del principio del placer sobre los demás procesos anímicos. De algún modo, que se reflejaba en los sueños, los síntomas y algunos juegos infantiles, los individuos se encontraban fijados a sus traumas, y este hecho ponía

⁷⁵ *Psicoanálisis y teoría de la libido*, III-2675

de manifiesto que algo en el psiquismo retenía y reiteraba algo que incomodaba al yo, volviendo aparentemente ineficiente la actuación del principio del placer, aun visto bajo la luz del principio de realidad y la represión, como mecanismos a su servicio. Freud caracterizó esta reiteración de los traumas como una "obsesión de repetición", que le intrigó enormemente y lo llevó a nuevas adquisiciones acerca de las pulsiones.

Mas si en la vida anímica existe tal obsesión de repetición, quisiéramos saber algo de ella, a qué función corresponde, bajo qué condiciones puede surgir y en qué relación se halla con el principio del placer, al que hasta ahora habíamos atribuido el curso de los procesos de excitación en la vida psíquica.⁷⁶

La pregunta planteada a este fin será entonces, de qué modo se halla en conexión lo pulsional con la obsesión de repetición; y aquí, un Freud completamente especulativo (y hasta él mismo, siempre tan científico y cuidadoso, nos previene de ello), responde:

...Un instinto sería, pues, una tendencia propia de lo orgánico vivo a la reconstrucción de un estado anterior, que lo anímico tuvo que abandonar bajo el influjo de fuerzas exteriores, perturbadoras; una especie de elasticidad orgánica, o si se quiere, la manifestación de la inercia de la vida orgánica.⁷⁸

Como lo indica Freud, esta concepción de la pulsión parecía extraña por cuanto en ella se ha visto más bien el factor que impulsa a la modificación y la evolución. Pero el acento recaía ahora en esto, en la necesidad de reconocer en ella todo lo contrario: pulsión como manifestación conservadora de la naturaleza (y aquí se apoya en ejemplos de Embriología, como el hecho reconocido de que 'la ontogenia recapitula la filogenia', y múltiples fenómenos relativos a la reproducción).

⁷⁶ V. *Ibid.*, III-2674-5

⁷⁷ *Más allá del principio del placer*, tomo III, p2517

⁷⁸ *Ibid.*, tomo III, p.2525

Si, por tanto, todos los instintos orgánicos son conservadores e históricamente adquiridos, y tienden a una regresión o a una reconstrucción de lo pasado, deberemos atribuir todos los éxitos de la evolución orgánica a influencias *exteriores, perturbadoras y desviantes*. El ser animado elemental no habría querido transformarse desde su principio y habría repetido siempre, bajo condiciones idénticas un sólo y mismo camino vital. Pero en último término estaría siempre la historia evolutiva de nuestra tierra y de su relación al Sol, que nos ha dejado su huella en la evolución de los organismos. Los instintos orgánicos conservadores han recibido cada una de estas forzadas transformaciones del curso vital, conservándolas para la repetición, y tienen que producir de este modo la engañadora impresión de fuerzas que tienden hacia la transformación y el progreso, siendo así que no se proponen más que alcanzar un antiguo fin por caminos tanto antiguos como nuevos.⁷⁹

Desde esta perspectiva, se llega a la conclusión de que el fin de la vida, aquello que siempre quiso, es la quietud: estado primordial, antiguo, originario, punto de partida que lo animado abandonó alguna vez por la actuación de fuerzas externas a lo que entonces era, y hacia lo que tiende por todos los rodeos de la evolución. Si algo quiere lo animado, es volver a su inanimación tranquila del principio, inorgánica, indiferente, indiferenciada. De tal forma, dirá Freud, se puede decir, sin más, que "...todo lo viviente muere por fundamentos internos", porque "...la meta de la vida es la muerte".⁸⁰

Agrego aquí otra cita en torno a esta misma idea:

En una época indeterminada fueron despertados en la materia inanimada, por la actuación de fuerzas inimaginables, las cualidades de lo viviente. Quizá fue éste el proceso que sirvió de modelo a aquel otro que después hizo surgir la conciencia en determinado momento estado de la materia animada. La tensión entonces generada en la antes inanimada materia, intentó nivelarse, apareciendo así el primer instinto: el de volver a lo inanimado. Para la sustancia entonces viviente era aún fácil morir; no tenía más que

⁷⁹ *Ibid.*, p.2526 subrayado mío

⁸⁰ *Ibidem.*

recorrer un corto curso vital, cuya dirección se hallaba determinada por la composición química de la joven vida. Durante largo tiempo sucumbió fácilmente la sustancia viva y fue creada incesantemente de nuevo hasta que las influencias reguladoras exteriores se transformaron de tal manera, que obligaron a la sustancia aún superviviente a desviaciones cada vez más considerables del primitivo curso vital y a rodeos cada vez más complicados hasta alcanzar el fin de la muerte. Estos rodeos hacia la muerte, fielmente conservados por los instintos conservadores, constituirían hoy el cuadro de los fenómenos vitales.⁸¹

Fue aquí cuando Freud habló de algo "más allá del principio del placer", refiriéndose a esta tendencia más primitiva, elemental e instintiva que dicho principio, al que parecía sustituir por su dominio en los procesos anímicos, y que más bien, vemos ahora, es su origen, la esencia en la siempre cifró Freud su naturaleza: primero como tendencia a la inercia y la quietud (como estaba presente desde *El Proyecto...*, y más adelante con el principio de Nirvana), y luego, poco a poco, transformándose en disposición a nivelar las tensiones (con el principio del placer) para repetir, restablecer y finalmente constituir, aquel carácter cualitativo propio ya, no del mar tanático indiferente e indiferenciado, sino de la vida, nacida así, a través de un larga y continua cadena de tensiones y nivelaciones cada vez más complejas y alejadas de su simplicidad original.

De aquí, entonces, la posibilidad para Freud de establecer una nueva distinción de pulsiones: Por un lado, fuerzas muy profundas en el interior de los individuos -las más fundamentales-, tenderían a la estabilidad, nivelación de las tensiones químicas, aquella inercia, regreso a un estado imperturbable, a la *conservación de la quietud*: a la *ataraxia*, la muerte. Por otro lado, fuerzas originalmente externas, pero de algún modo introyectadas, generarían en ellos grandes tensiones, la 'libido' y todas las pulsiones sexuales (las verdaderas pulsiones de vida), ocasionadoras de la prolongación de las excitaciones, las alteraciones, las nuevas diferencias

⁸¹ *Ibidem.*

vitales, que tienen que ser agotadas viviéndolas, la vida viviendo, reproduciéndose, imponiéndose siempre otra vez, conservándose como vida, como transformación, cambio y movimiento.

Con esto, y retomando lo aceptado por la opinión general, consiente Freud en que la reunión de numerosas células para formar una unión vital, ha devenido un medio de prolongar la duración de la vida de las mismas. Una célula ayuda a conservar la vida de las demás y el estado celular puede seguir viviendo, aunque algunas células tengan que sucumbir. Y "de este modo, - dice por fin Freud-, la libido de nuestros instintos sexuales coincidiría con el «eros» de los poetas y los filósofos, que mantiene unido todo lo animado."⁸²

Y así quedan presentados por primera vez en toda su extensión "Eros", la pulsión que tiende a conservar la sustancia viva y a condensarla en unidades cada vez mayores, y la "pulsión de muerte" (que los epígonos de Freud han llamado *Thanatos* o *Tánatos*, en referencia al dios griego de la muerte),⁸³ la pulsión antagónica, tendente a destruir y disolver esas unidades y a retornarlas al estado más primitivo, inorgánico, de disolución y muerte. Todos los fenómenos vitales, dirá Freud, pueden ser explicados por la interacción y el antagonismo de estas dos fuerzas, las cuales, raramente -o quizá nunca- aparecen en mutuo aislamiento, sino que se amalgaman entre sí, en proporciones distintas y muy variables, tornándose de tal modo irreconocibles para nosotros.

Al plantear de esta forma su dualismo, Freud se encontró identificado con Empédocles, quien vio el mundo como la lucha entre el amor (*philia*) y el odio (*neikos*).

Dice Empédocles:

...este cambio continuo no tiene nunca fin, ya reuniéndose todo en el Uno, gracias al Amor, ya siendo separado de nuevo cada elemento, por la repulsión del Odio. Así el Uno

⁸² *Ibid.*, p. 2533

⁸³ De acuerdo con Ernst Jones, el término "tánatos" fue introducido a la literatura psicoanalítica por Federn. Cfr. A. Mora, *Op. Cit.*, p.75.

está acostumbrado a nacer del múltiplo, e inversamente, el múltiplo surge de la disolución de lo Uno...⁸⁴

Y Freud:

Ya me doy cuenta de que la teoría dualista, según la cual un instinto de muerte, o de agresión, o de destrucción reclama los mismos derechos que el de Eros que se manifiesta en la libido, ha encontrado pocas simpatías y no ha sido aceptada ni aun por los psicoanalistas. Por esto me sentí tan satisfecho cuando, no hace mucho, encontré esta teoría mía en los escritos de uno de los grandes pensadores de la antigua Grecia [...] Los dos principios fundamentales de Empédocles son en cuanto al hombre y a la función, los mismos que nuestros dos instintos primigenios, el Eros y la tendencia a la destrucción, el primero de los cuales se dirige a combinar lo que existe en unidades cada vez mayores, mientras que el segundo aspira a disolver esas combinaciones y a destruir a las estructuras a las que han dado lugar.⁸⁵

Pero aquí el padre del psicoanálisis se cuida de trazar las diferencias de ambas posturas, pues la del filósofo griego es una "fantasía cósmica", dirá, mientras que la suya se contenta con reclamar una "validez biofísica". Además, según hemos visto, Freud remonta su pulsión destructiva al deseo de todo lo que vive de volver a lo inanimado, y esto hace una diferencia fundamental, porque en Empédocles el Universo entero estaba animado, y tanto el Odio como el Amor, respondían a un movimiento vivo e inextinguible.

II.6 Duelo

Ya lo dijo Marcuse: "La relación última entre Eros y Tánatos permanece oculta".⁸⁶ Pero el pensamiento freudiano en torno a este tema dio muchas vueltas, y lo oscuro no está sólo en las

⁸⁴ Empédocles, *Sobre la Naturaleza de las cosas*, fr.17, p.79

⁸⁵ *Análisis terminable e interminable*, III-3358.

⁸⁶ Marcuse, *Op. Cit.*, p.39

relaciones que guardan estos dos tipos de pulsiones entre sí (esa amalgama que tan difícil hace su separación) sino, sobre todo, en la esencia de cada una por separado y en la cual vale la pena ahondar. Hablaré aquí de Tánatos y en el siguiente apartado, de Eros. En cada caso dejaré ver los puntos problemáticos que ya había mencionado, y que me llevarán a proponer otra forma de entender esta polaridad. La intención sigue siendo ver de qué naturaleza es aquello que más profundamente deseamos, y en qué medida da eso la clave del placer.

II.6.1 Furia o quietud

La búsqueda freudiana por lo tanático comenzó, como ya vimos, con la hipótesis de que todas las pulsiones debían ser conservadoras. En el caso de las pulsiones de muerte, esto se tradujo en la postulación de una tendencia regresiva a la quietud, al estado primigenio e inanimado. Estas pulsiones actuarían silenciosamente en lo más íntimo del ser vivo, pero también -y aquí un salto notable-, vertidas hacia el exterior, transformando su deseo de morir en un deseo de matar, y manifestándose entonces como impulsos de agresión y destrucción.

En principio, Freud propuso que cada vez que el ser vivo destruyera algo exterior a él, en lugar de destruirse a sí mismo, la pulsión de muerte estaría puesta al servicio de Eros, ayudándole en la tarea erótica de mantener y enriquecer la vida, lo que revelaría una de las amalgamas entre ambos tipos de pulsiones. Por el contrario, al cesar esta agresión contra el exterior, tendría que aumentar la autodestrucción, proceso que de todos modos actuaría constantemente -con el *superyó*, por ejemplo, que tomaría de él su crueldad implacable.⁸⁷

También en el masoquismo y el sadismo empezó a ver Freud manifestaciones de la pulsión destructiva, en el primer caso, como su forma más originaria, es decir, como tendencia

⁸⁷ Dice Freud en *El Yo y el Ello*: "Según nuestra concepción del sadismo, diremos que el componente destructor se ha instalado en el *superyó* y vuelto contra el yo. En el *superyó* reina entonces el instinto de muerte..." III-2724

autodestructiva –aunque también con componentes eróticos-, y en el segundo, como una vuelta al exterior del mismo impulso. Con esto cambiaba su postura respecto al sadismo y el masoquismo, pues originalmente había ubicado al sadismo como lo primitivo, como un impulso agresivo derivado únicamente de las pulsiones sexuales y vertido hacia el exterior, y el masoquismo era una introversión de dicho impulso, su forma pasiva; y ahora aparecía como lo contrario, es decir, el sadismo como una extroversión de esta primitiva tendencia autodestructiva.

... resulta que el masoquismo es más antiguo que el sadismo, el cual no sería sino el mismo instinto de destrucción vuelto hacia el exterior, con lo cual adquiriría el carácter de agresión. [...] Se nos impone ahora la posibilidad de que la agresión no halle satisfacción en el mundo exterior por tropezar con obstáculos reales. En este caso retrocederá y pasará a incrementar el montante de la autodestrucción. [...] La agresión impedida parece constituir un grave daño; parece realmente como si tuviéramos que destruir otras cosas y a otros seres para no destruirnos a nosotros mismos, para protegernos contra la tendencia a la autodestrucción. ¡Triste descubrimiento para los moralistas!

Pero los moralistas podrán consolarse aún durante mucho tiempo con la inverosimilitud de nuestras especulaciones. ¡Singular instinto éste, que se complace en la destrucción de su propio hogar! Los poetas sí hablan de algo semejante; pero los poetas son irresponsables, gozan del privilegio de la licencia poética.⁸⁸

Así pues, ya bajo el supuesto de las pulsiones de muerte, Freud parte de la idea de que el masoquismo, el sadismo y en general la destructividad del hombre, expresan manifestaciones de estas pulsiones en amalgama con el erotismo. Pero luego da un giro en estas especulaciones y agrega que ya no es posible pasar por alto “la ubicuidad de las tendencias agresivas y destructivas *no eróticas*” –más difícilmente perceptibles cuando no están teñidas eróticamente, pero esencialmente destructivas- y partiendo de aquí, adopta el punto de vista de que la tendencia agresiva, dirigida tanto al interior como al exterior, es una disposición pulsional autónoma e innata en el ser humano, proveniente esencialmente de Tánatos, y en la que se encontraría el

mayor obstáculo con que tropieza el desarrollo individual y, por extensión, la cultura. En sus palabras:

*Dicho instinto de agresión es el descendiente y principal representante del instinto de muerte, que hemos hallado junto al Eros y que con él comparte la dominación del mundo. Ahora, creo, el sentido de la evolución cultural ya no nos resultará impenetrable; por fuerza debe presentarnos la lucha entre Eros y muerte, instinto de vida e instinto de destrucción, tal como se lleva a cabo en la especie humana.*⁸⁹

El padre del psicoanálisis es especialmente incisivo para mostrar el desgarramiento al que esta agresividad innata nos conduce. De acuerdo con él, aunque la pulsión de muerte sea reprimida por efecto de la cultura, su impulso no cesará nunca de aspirar a una total satisfacción, y todas las formas sustitutivas o reactivas y las sublimaciones que intenten oponérsele, serán insuficientes para hacer cesar su actividad, que consiste, según se ha dicho, en desfuegos de violencia y agresividad y, en última instancia, en la tendencia autodestructiva y la repetición de un fundamental suceso primario.

En este sentido, la represión de estas pulsiones surgida en gran medida por las exigencias éticas del *superyó* cultural, será blanco de la crítica freudiana, que verá en ello la institución de preceptos sin preguntarse si al ser humano le era posible cumplirlos. De acuerdo con él, aceptan que al *yo* del hombre le es psicológicamente posible realizar cuanto se le encomiende, como si gozara de una ilimitada autoridad sobre su *ello*. Pero esto -dirá-, es un error, porque si las exigencias sobre estas pulsiones sobrepasan cierto límite, producen en el individuo una rebelión, o una neurosis, o se le hace infeliz.

La cultura se despreocupa de todo esto, limitándose a decir que cuanto más difícil sea obedecer el precepto, tanto más mérito tendrá su acatamiento. Pero quien en el actual

⁸⁸ *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*, III-3161

⁸⁹ *Malestar en la cultura*, p.3052-3 Subrayado mío.

estado de la cultura se ajuste a semejante regla, no hará sino colocarse en situación desventajosa frente a todos aquellos que la violen. *¿Cuán poderoso obstáculo cultural debe ser la agresividad si su rechazo puede hacernos tan infelices como su realización?*⁹⁰

Paradójica situación de todo individuo que aspire a la vida en sociedad; encrucijada de la cultura entera, por toda la historia: el hombre, agresivo por naturaleza, deseoso de muerte y destrucción, es tan infeliz si reprime estas pulsiones, como si les da rienda suelta; porque anhela también la vida, lleva en sí la fuerza de impetuosas pulsiones eróticas, y atendiendo a unas descuida a las otras, y dejándose llevar por éstas, aquellas le asaltan...

La verdad oculta tras de todo esto, que negaríamos de buen grado, es la de que el hombre no es una criatura tierna y necesitada de amor, que sólo osaría defenderse si se la atacara, sino, por el contrario, un ser entre cuyas disposiciones instintivas también debe incluirse una buena porción de agresividad. Por consiguiente, el prójimo no le representa sólo un posible colaborador y objeto sexual, sino también un motivo de tentación para satisfacer en él su agresividad, para explotar su capacidad de trabajo sin retribuirla, para aprovecharlo sexualmente sin su consentimiento, para apoderarse de sus bienes, para humillarlo, para causarle sufrimientos, martirizarlo y matarlo. *Homo homini lupus: ¿quién se atrevería a refutar ese refrán, después de todas las experiencias de la vida y de la historia?*⁹¹

Debido a esta primordial hostilidad entre los hombres la sociedad civilizada se ve constantemente al borde de la desintegración. De ahí todo su despliegue de preceptos y métodos destinados a que los hombres se identifiquen y entablen vínculos amorosos 'coartados en su fin' (coartados, pues, en sus verdaderos intensos y opuestos fines): restricciones de la vida sexual, de toda liberación de la violencia, el precepto ideal de amar al prójimo como a sí mismo (precepto que -dirá Freud- efectivamente se justifica, porque ninguno otro es como él, tan contrario y

⁹⁰ *Ibid.*, p.3066 Subrayado mío.

⁹¹ *Ibid.*, p.3046. La frase es de Hobbes: "el hombre es el lobo del hombre".

antagónico a la primitiva naturaleza humana), y todos los mecanismos represivos que coartan los impulsos más fundamentales del hombre.

Ahora vemos por qué para el padre del psicoanálisis al hombre le resulta tan difícil alcanzar su felicidad: por los pesados sacrificios que la cultura impone no sólo a la sexualidad, sino también a sus innatas tendencias destructivas.

Pero antes de seguir avanzando por el drama cultural notemos bien lo que está diciendo Freud: habla primero de una tendencia a la inercia, tendencia esencialmente niveladora de tensiones, que quiere regresar al estado inorgánico y que es, por ello, autodestructiva. Dice entonces que esta tendencia de muerte se extrovierte y se transforma en agresión y en impulso de matar, adquiriendo así toda su fuerza como pulsión destructiva ¿Mas cómo una tendencia originalmente autodestructiva puede querer destruir también lo que le es externo? Y aquí, en un primer momento, Freud llama a Eros: para ponerse al servicio de la vida, que convive con dicha tendencia y le dice: "no destruyas tu propio hogar, destruye lo que está afuera", entonces: Tánatos, en lo que supuestamente sería su más fundamental expresión (la destrucción y la agresividad), amalgamado con Eros y sirviendo a la vida. Pero luego, como queriendo poner toda la destructividad del lado de Tánatos, Freud hace a un lado los componentes eróticos y dice que, en esencia, esta agresividad no sirve a Eros, sino al contrario, que proviene exclusivamente de las pulsiones de muerte, porque son ellas quienes tienden destruir todas las unidades que Eros crea, tanto al interior como al exterior -la voz de Tánatos diciendo ahora: "audestrúyete, pero organízate para destruir también lo otro, mátaló todo aunque para eso tengas que volverte más fuerte y crear más tensiones que las que ya tienes".

La pregunta que quiero plantear aquí es ésta: si, como lo sugiere Freud, las pulsiones de muerte son regresivas y tienden a la quietud y la inercia, si hay en nosotros una especie de corriente niveladora que busca la distensión y la calma, ¿cómo entonces derivar de ella la violencia destructiva? Si bien es cierto que la violencia puede ser apaciguadora y mortal, es

también fuerza e ímpetu, furia, voracidad excitándose muchas veces a sí misma. Esta situación de una fuerza que debe tender a la no fuerza, pero que a veces se acrecienta ella misma como fuerza, este trabalenguas, pienso yo, necesita de Eros. Eros, el que hace intervenir las tensiones, el que las provoca para sus fines.

Es decir, radicalizaré la dualidad: si existiera una especie de mar apaciguador, una tendencia a la quietud y la entropía, ésta sería insensible, indiferente, indiferenciada, sólo corriente niveladora, tendencia a la homeostasis, la estabilidad imperturbable, disolución total: *Tánatos*. Todo impulso por diferenciarse, por separarse, por violentar y transgredir, tendría que venir de otra parte, tendría que ser, como dijo Freud en algún momento, externo a él (a Tánatos, mas no a nosotros): una suerte de esencia contraria que tendiera a individualizarse, *a distinguir su cualidad del resto*, con un sentido propio, formando unidades cada vez mayores -y conservadoras de sí mismas, sí, pero justo por este rasgo propio en búsqueda sin fin, abierta, creativa, no indiferente ni insensible, sino al contrario: *Eros*.

Y nosotros, que bajo la mirada de esta polaridad, somos alguna combinación de ambos, ¿a cual de ellos deberíamos el origen de nuestra agresividad y nuestra furia? ¿A uno tan sólo? ¿A Tánatos que quiere no querer -pero entonces, a qué el enojo, de dónde su coraje si él es indiferente y la agresión busca a veces, muchas veces, destruir para defender, para revolucionar, para distinguir, para hacer nacer? ¿O a Eros, que provoca las tensiones para complacerse con su triunfo -cualidad alcanzada que no quisiera ver impedida, ni destruida o indiferenciada y por la que sería capaz, acaso, de encenderse como odio furioso sobre su contrario?

Recordemos a Nietzsche una vez más, quien vio en la agresividad y la crueldad, la alegría festiva de la humanidad más antigua. Para él *la vida* actuaba así, como voluntad de poder ávida de conquistar y someter, amante y despreciadora, sedienta de aventura, de enemigos frente a los cuales medirse y superarse a sí misma. En sus palabras: "...la vida actúa esencialmente, es decir,

en sus funciones básicas, ofendiendo, violando, despojando, aniquilando, y no se la puede pensar en absoluto sin ese carácter.”⁹²

Más allá de que aceptemos con Nietzsche que esta agresividad es sustancial a la vida, e incluso, una de sus manifestaciones más elevadas -como lo verá él-, o de que veamos en ella sólo un medio más del impulso erótico para afirmarse en lo que es o lo que quiere ser, lo que me interesa por lo pronto es destacar que la agresividad sólo puede ser expresión de fuerza y de vitalidad, de una voluntad que con ella se afirma en su diferencia, y no de una inercia que tendiera a mantenerse imperturbable e igual.

También Schopenhauer asoció la destructividad con la voracidad de la voluntad, que en todas sus objetivaciones, incluida la de la vida humana, no haría otra cosa sino devorarse a sí misma, insaciable. En Schopenhauer este antagonismo manifiesto al interior de la voluntad, surge del *principium individuationis*, principio que hace distinguirse a cada individuo del resto del mundo, haciendo aparecer toda la fuerza de la voluntad en cada uno, y llevando a cada uno a querer “...todo para sí, o por lo menos, dominarlo todo, tratando de arrollar lo que le opone resistencia...”⁹³ De ahí -dirá- “...que el individuo, perdido en la inmensidad del mundo y empequeñecido hasta la nada, se considere, no obstante, como centro del universo y no se preocupe más que de su conservación y de su bienestar, y que desde el punto de vista natural esté dispuesto a sacrificar todo lo que no es él, siendo capaz de destruir el mundo entero, sólo por prolongar un instante de su propia persona, que es como una gota de agua en el mar.”⁹⁴

Así pues, es la necesidad de distinguirse, de afirmarse en la singularidad que se es y que está en búsqueda de sentido, la que hace de la agresividad uno de los medios de la vida para

⁹² F. Nietzsche, *Genealogía de la moral*, II, 11, p.86. Más adelante lo dice también así: “...que todo acontecer en el mundo orgánico es un subyugar, un enseñorearse, y que, a su vez, todo *subyugar* y *enseñorearse* es un reinterpretar, un reajustar en los que, por necesidad, el ‘sentido’ anterior, y la ‘finalidad’ anterior tienen que quedar oscurecidos o incluso totalmente borrados.” *Ibid.* p.88

⁹³ A. Schopenhauer, *Op. Cit.*, p.258

⁹⁴ *Ibid.*, p.259

lograr sus fines. Entonces, la agresividad como una de las caras de Eros, desde sus formas más bestiales, hasta las más elaboradas y sutiles.

Es importante resaltar cómo la noción que ofrece Freud acerca de la agresividad parece hacer eco de pensadores como precisamente Nietzsche y Schopenhauer (por la importancia otorgada a dicha agresividad en el ser humano), y cómo, sin embargo, al fundarla en un principio de inercia y distensión, adquiere un giro muy distinto, que le hace perder consistencia.

Y ya esto hace que la propuesta freudiana comience a desdibujarse, porque no veremos ya, en uno de los polos del dualismo, a esa destructividad autónoma e innata que por esencia, yendo como sin tregua y sin sentido, quisiera acabar con todo, sino a una agresividad que sirve a Eros y que, por lo tanto, es un *medio* y no un fin. Lo interesante ahora será ver cómo, por una parte, con esto no todo se carga del lado erótico –pues polarizando con él sigue quedando aquella inercia- y por otra parte, cómo esto, junto con otros elementos más, vuelve necesario replantear justamente la naturaleza de Eros.

II.6.2 Malestar en Eros

La naturaleza de Eros tal como Freud la comprendió también es problemática, acaso más que la de Tánatos. Trataré aquí dos aspectos en los que baso esta afirmación: en primer lugar, el acento puesto en su rasgo conservador (tanático, incluso), y en segundo, su relación con la sexualidad, el Edipo y la cultura (o en otros términos, con la represión).

Como en las pulsiones de muerte, Freud destacó siempre que el impulso de Eros era un impulso conservador, pero en este caso, de la vida, la vida conservándose a sí misma en unidades cada vez mayores.

Lo problemático aquí es que, bajo la mirada freudiana, estas unidades en crecimiento propias de Eros, no deben su impulso a sí mismas sino, en última instancia, a aquella inercia que tiende a nivelarse. En el corazón de Eros, Freud vio algo originalmente “externo” y “tardío”, “una

perturbación que llegó de fuera” y que después habría sido asimilada por aquella tendencia más primitiva a la quietud, cuya misión infatigable es la de conservarse a sí misma y asimilar las incesantes perturbaciones hasta llevarlas a la calma; entonces, inercia de adaptación, de apaciguamiento.

Se trata de algo que ya había señalado antes, algo que está particularmente presente en la comprensión freudiana del placer: es el *displacer* el que rige la corriente de movimiento en el aparato psíquico, la tensión queriendo distenderse, regresar:

De la diferencia entre el placer de satisfacción hallado y el exigido surge el factor impulsor, que no permite la detención en ninguna de las situaciones presentes, sino que, como dijo el poeta, “tiende, indomado, siempre hacia adelante” (Fausto, I). *El camino hacia atrás, hacia la total satisfacción*, es siempre desplazado por las resistencias que mantienen la represión, y de este modo *no queda otro remedio sino avanzar en la dirección evolutiva que permanece libre, aunque sin esperanza de dar fin al proceso y poder alcanzar la meta.*⁹⁵

El impulso erótico, con Freud, parece querer regresar a la total satisfacción del origen, que no es otra sino la de su contrario, Tánatos, y si tiende indomable hacia adelante, es porque no queda otra alternativa que la adaptación impuesta por las exigencias de la realidad, exigencias que una inercia conservadora más fundamental se encarga de nivelar. Recordemos nuevamente este pasaje:

Si, por tanto, todos los instintos orgánicos son conservadores e históricamente adquiridos, y tienden a una regresión o a una reconstrucción de lo pasado, deberemos atribuir todos los éxitos de la evolución orgánica a influencias *exteriores, perturbadoras y desviantes*. El ser animado elemental no habría querido transformarse desde su principio y habría repetido siempre, bajo condiciones idénticas un sólo y mismo camino vital. Pero en último término estaría siempre la historia evolutiva de nuestra tierra y de su relación al

Sol, que nos ha dejado su huella en la evolución de los organismos. Los instintos orgánicos conservadores han recibido cada una de estas forzadas transformaciones del curso vital, conservándolas para la repetición, y tienen que producir de este modo la engañadora impresión de fuerzas que tienden hacia la transformación y el progreso, siendo así que no se proponen más que alcanzar un antiguo fin por caminos tanto antiguos como nuevos.⁹⁶

Incluso las pulsiones sexuales, con toda su “extraordinaria violencia”, serán explicadas así, como impulsos conservadores que al buscar la unión sólo repiten algo que sucedió alguna vez casualmente, y que luego quedó fijado como “ventajoso” para el logro de la estabilidad. Impulsos conservadores en el mismo sentido que los de muerte, dado que reproducen estados anteriores de la vida animada, y que si se vuelven contrarios a ellos, es porque generan una especie de “*ritardando*” en la vida de los organismos, prolongando así su duración.⁹⁷

Es en esto donde encuentro el primer punto problemático. Ver en todas las pulsiones una tendencia conservadora deja afuera, literalmente, la diferencia y lo que ella implica -el impulso de innovar, de experimentar, de ir en contra, de ser diferente, de *crear*. ¿Qué repetiría la vida si naciera sólo de pulsiones conservadoras? ¿los azarosos accidentes impuestos por la historia del cosmos? ¿la vida como un producto pasivo moldeado únicamente desde el exterior?

En sus especulaciones Freud alude al *Banquete* de Platón, al discurso de Aristófanes, preguntándose si para entender la naturaleza conservadora de Eros daría alguna luz saber que hubo alguna vez una unidad que se perdió, y que ahora busca ser restablecida cada vez que las células germinativas se buscan para generar las unidades de vida cada vez mayores. Pero no responde nada a esto.

⁹⁵ *Ibid.*, 2528. Subrayado mío.

⁹⁶ *Ibid.*, p.2526 Subrayado mío.

⁹⁷ Cfr. *Más allá del principio del placer*, p.2527 y 2537.

¿Deberemos acaso, siguiendo a los filósofos poetas, arriesgar la hipótesis de que la sustancia viva sufrió al ser animada una fragmentación en pequeñas partículas que desde entonces aspiran a reunirse de nuevo por medio de los instintos sexuales? ¿Y que estos instintos, en los cuales se continúa la afinidad química de la materia inanimada, van venciendo poco a poco, pasando primero [...] aquellas dificultades que a esta tendencia opone lo circundante, cargando de excitaciones que ponen en peligro la vida y los obligan [a nuevos cambios]? ¿Y que -por último- tales fragmentos de sustancia viva alcanzan de este modo la multicelularidad y transfieren, en fin, en gran concentración el instinto de reunión a las células germinativas? Creo que debemos poner aquí término a esta cuestión.⁹⁸

Y en otro momento:

También la interrogación de si el carácter conservador no será propio de todos los instintos, sin excepción alguna, y si quizá también los instintos eróticos quieren restablecer un estado anterior cuando tienden a la síntesis de lo animado en unidades mayores; también esta pregunta tenemos que dejarla incontestada.⁹⁹

Como ya lo mencionaba antes, en estas últimas especulaciones mantuvo siempre una reserva, no la sostenía con la misma contundencia con que afirmó el resto de su teoría psicoanalítica; y no obstante, vemos que este cariz que toman con la postulación de Eros y Tánatos, no es en realidad muy distinto del que tuvieron siempre, desde el *Proyecto...* y en todo lo largo de su obra: recordemos la historia del psiquismo, la historia del principio del placer, la historia del deseo, los funcionamientos primario y secundario: tendían siempre, bajo la perspectiva freudiana, a la calma, a un regreso o una repetición, como por una inercia de mantenerse iguales. Y todos los

⁹⁸ *Ibid.*, p. 2539.

⁹⁹ *Nuevas lecciones*, III-3162 También en *Más allá del principio del placer* pregunta si no habrá, aparte de las pulsiones conservadoras otras pulsiones que aspiren a un estado "no alcanzado aún". Pero a este se responde él mismo que "hasta ahora nada se ha encontrado en el mundo orgánico que contradiga nuestra hipótesis. Nadie ha podido demostrar aun la existencia de un instinto general de superevolución en el mundo vegetal y animal; además, ...la Biología ha demostrado que la evolución en un punto se consigue con frecuencia por una regresión del otro". P.2528

cambios de la vida y toda la fuerza de Eros, parecen venir de fuera, de los accidentes impuestos por la historia del cosmos, en nosotros asimilada.

Pero si queremos ver en Eros una fuerza primigenia, entonces hay que ubicar en él mismo, con toda su furia, el impulso creador, la inventiva, la capacidad ordenadora que elige entre lo indiferenciado para unir y dar forma, y que por ello distingue, separa y violenta, pero también, atrae, seduce, reta, se vuelve provocación y desafío. Eros no como un accidente o un producto pasivo, sino como un impulso activo y libre que se proyecta más allá de sí porque ésta es su esencia. En este sentido, que la quietud fuera o no lo originario pierde importancia, pues nosotros nacemos en el momento en que Eros entra a escena, irrumpiendo desde lo más profundo para distinguirse de la indiferencia tánatica y avanzar, desde ella, hacia niveles cada vez más altamente cualificados.

De aquí la importancia de la relación de Eros con la sexualidad, el Edipo y la cultura -el otro punto en que la naturaleza de esta pulsión se torna problemática. Según hemos visto, de acuerdo con Freud lo mejor del hombre y de la civilización se debe al impulso de Eros, que para esto lucha incesantemente contra Tánatos. Pero eso mejor que Eros puede alcanzar está, a los ojos de Freud, muy velado, y muestra también una contradicción.

Veámoslo así: con Freud el impulso erótico no puede satisfacerse nunca plenamente, porque su origen es sexual y esta sexualidad no recupera por ningún camino la plenitud que sólo la realización del deseo incestuoso pudo haberle procurado. Recordando al Edipo, la cultura entera habría surgido como una reacción, como el camino que toma el deseo al prohibírsele la unión incestuosa, el primer latido del principio del placer -que, como ya señalaba, en este punto se identifica con el de Tánatos, porque es tendencia a la unidad originaria, esa unidad en la que el niño creía ser uno con la madre y no otro diferente (en última instancia, el regreso al estado inanimado). Es decir, si a Tánatos corresponde un placer: el de la fusión y la disolución en el Nirvana, a Eros, en su primer latido, le otorga Freud el mismo placer, el mismo fin, y por esto, una vez que la sexualidad y la libido se asumen como fuerzas primigenias, su objeto más deseable

se sigue ubicando siempre atrás, de manera que ninguna satisfacción será, para ellas, tan real como aquel. En palabras de Freud:

A mi juicio, y por extraño que parezca, habremos de sospechar que en la naturaleza misma del instinto sexual, existe algo desfavorable a la emergencia de una plena satisfacción. En la evolución de este instinto, larga y complicada, destacan dos factores a los que pudiera hacerse responsables de tal dificultad. En primer lugar, a consecuencia del desdoblamiento de la elección de objeto y de la creación intermedia de la barrera contra el incesto, el objeto definitivo del instinto sexual no es nunca el primitivo, sino tan sólo un subrogado suyo. Pero el psicoanálisis nos ha demostrado que cuando el objeto primitivo de un impulso optativo sucumbe a la represión, es reemplazado, en muchos casos, por una serie interminable de objetos sustitutivos, ninguno de los cuales satisface por completo.¹⁰⁰

Por otro lado, no es sólo esta irrecuperable satisfacción del principio la que vuelve a todos los placeres sustitutos insuficientes, y a Eros, una pulsión eternamente insatisfecha; sino que también la necesidad impuesta por la cultura de educar al impulso sexual, genera un detrimento en la calidad del placer. Continúa la misma cita:

En segundo lugar, sabemos que el instinto sexual se descompone al principio en una amplia gama de elementos -o, mejor dicho, nace de ella-, y que algunos de estos componentes no pueden ser luego acogidos en su estructura ulterior, debiendo ser reprimidos o destinados a fines diferentes. [...] *Los procesos fundamentales que dan origen a la excitación erótica, permanecen invariados [...] Conservan su animalidad primitiva, y en el fondo tampoco el amor ha perdido nunca tal carácter.* Los instintos eróticos son difícilmente educados, y las tentativas de este orden dan tan pronto resultados exigüos como excesivos. *No parece posible que la cultura llegue a conseguir*

¹⁰⁰ *Sobre una degradación de la vida erótica*, II-1717. De acuerdo con esto, Norman Brown señala cómo esa primera experiencia amorosa vivida a través del Edipo, "queda en nosotros como el sueño inmortal del amor, como una indestructible exigencia de la naturaleza humana, como el origen de nuestra inagotable insatisfacción." Norman Brown, *op.cit.*, p.56

*aquí sus propósitos sin provocar una sensible pérdida de placer, pues la pervivencia de los impulsos no utilizados se manifiesta en una disminución de la satisfacción buscada en la actividad sexual.*¹⁰¹

En este sentido, el papel de la *sublimación* es clave en el pensamiento freudiano, pues constituye un proceso en el cual las fuerzas instintivas son desviadas de sus fines sexuales y orientadas hacia otros distintos. Aquí Freud verá cierta flexibilidad de las pulsiones eróticas por su capacidad de realizar un desplazamiento de su objeto y su fin, y a partir de ello explicará la posibilidad de elevar el rendimiento cultural de las mismas, en específico, con las inclinaciones amorosas, sociales, artísticas e intelectuales.

Pero aun viendo en ello la posibilidad de un dominio sobre las pulsiones, que conlleva a efectos civilizadores cada vez mayores, Freud no dejó de decir que la moderación pulsional bajo el gobierno de las instancias psíquicas superiores "...produce una innegable limitación de las posibilidades de placer, pues el sentimiento de felicidad experimentado al satisfacer una disposición instintiva indómita, no sujeta por las riendas del yo, es incomparablemente más intenso que el que se siente al saciar un instinto domeñado."¹⁰² Y dice también de las satisfacciones provenientes de la sublimación: "...Por ahora hemos de limitarnos a decir, metafóricamente, que nos parecen más 'nobles' y más 'elevadas', pero su intensidad, comparada con la satisfacción de los impulsos groseros y primarios, es muy atenuada, y de ningún modo llega a conmovernos físicamente."¹⁰³

¹⁰¹ *Sobre una degradación de la vida erótica*, II-1717, subrayado mío. En este momento de su pensamiento, Freud todavía identificaba al sadismo con las pulsiones sexuales. A la luz de tánatos podemos transferir ese componente sádico a las pulsiones agresivas. En cualquier caso, lo importante es ver cómo en distintos momentos Freud detecta un detrimento del placer, cuando estas tendencias agresivas se reprimen por la cultura.

¹⁰² *Malestar en la cultura*, tomo III, p.3027.

¹⁰³ (*Ibidem.*).

Así pues, de acuerdo con Freud, todos los progresos de Eros, inclusive los del amor y el arte, se deben a la sublimación o a la represión, procesos que hacen al individuo dominar sus impulsos más fundamentales y provocan la disminución de su placer.¹⁰⁴

Quiero insistir en esto, para Freud ésa es la esencia de Eros: ser ese accidente originalmente "externo", y luego vuelto pulsión casi de una manera pasiva, como a pesar de sí mismo, desgarrado de origen porque ni es plenamente realizable (esto es, ni en su último grado tanático, ni en su aspiración ya edípica, amorosa o cultural) y porque debe reprimirse (pues su objeto es invariado y todo se construye sobre él, *alejándose de él*, sepultándolo por el bien de la cultura, sin posibilidad de "trascenderlo").

Dicho de otra forma, con Freud, el impulso erótico padece de un divorcio en su propia esencia y sólo puede realizarse yendo en contra de sí mismo. En vez de que dar rienda suelta a su propio ímpetu lo vuelva cada vez más erótico, y de que su obstáculo para esto sea, en todo caso, Tánatos, el Eros freudiano es obstáculo de sí mismo. Y entonces, para lograr la cultura debe reprimir su Edipo, y al hacer esto, reprime también a su sexualidad y al máximo placer que le sería dado conocer, y junto con ellos reprime también a sus tendencias agresivas innatas y a toda la secuencia tanática que, siendo supuestamente su contraria, su máximo adversario, parece ser quien, en última instancia, le llama con más fuerza.

Y esto es lo que no me convence: esta imagen según la cual Eros no debe su impulso a sí mismo y además, por definición, parece moverse siempre a costa de una parte suya más esencial. Nosotros mismos, con todas nuestras aspiraciones, traicionando cada vez a un deseo que va en sentido contrario, al que estamos anclados, fijados como por esencia.

¹⁰⁴ Hablando en términos del amor, Freud reconoce que éste une entre sí a las personas con una intensidad mayor que la lograda por el interés de la comunidad de trabajo. Así, no es sólo la necesidad (Anaké) la que une a los individuos para crear la cultura, sino también Eros. Pero agrega: "Sin embargo, la relación entre el amor y la cultura deja de ser unívoca en el curso de la evolución: por un lado, el primero se opone a los intereses de la segunda, que a su vez lo amenaza con sensibles restricciones. Tal divorcio entre amor y cultura parece, pues, inevitable." *Malestar en la cultura*, tomo III, p.3040.

¿No tendría que ser Eros, en sí mismo, un impulso de trascendencia que en su ir más allá, pudiera “transformar” o “elevar” ese objeto de su querer que desde la perspectiva freudiana aparece como invariado y reprimido -cuando no sublimado y fuente de “tibios placeres domeñados”, placeres “coartados en su fin”? ¿De manera que fuera su propio impulso quien lo llevara a transformarse como deseo y a generar las condiciones necesarias para alcanzar satisfacciones más altas?

Responde Freud, en el *Malestar de la Cultura*:

Para muchos de nosotros es difícil prescindir de la creencia de que en el hombre mismo reside un instinto de perfeccionamiento que le ha llevado hasta su actual grado elevado de función espiritual y sublimación ética y del que debe esperarse que cuidará de su desarrollo hasta el superhombre. Más, por mi parte, no creo en tal instinto interior, y no veo medio de mantener viva esta benéfica ilusión. El desarrollo humano hasta el presente me parece no necesitar explicación distinta del de los animales, y lo que de impulso incansable hacia una mayor perfección se observa en una minoría de individuos humanos, puede comprenderse sin dificultad como consecuencia de la represión de los instintos, proceso al que se debe lo más valioso de la civilización humana.¹⁰⁵

Por eso aquí recuerdo a Platón, que vio en Eros un impulso hacia la belleza y en su camino hacia ella se sabía necesitado de una depuración, una transformación del deseo que comenzaría abocándose por la belleza de los objetos materiales, para desprenderse después de ellos y elevarse sobre la belleza inmaterial.¹⁰⁶ Lo que rescato aquí no es la materialidad o inmaterialidad del objeto perseguido, sino esa necesidad que tiene el amante de depurarse,

¹⁰⁵ *Más allá...* III-2528.

¹⁰⁶ Dice Platón, por boca de Diótima: “Pues esta es justamente la manera correcta de acercarse a las cosas del amor o de ser conducido por otro: empezando por las cosas bellas de aquí y sirviéndose de ellas como de peldaños ir ascendiendo continuamente, en base a aquella belleza, de uno sólo a dos, y de dos a todos los cuerpos bellos, y de los cuerpos bellos a las bellas normas de conducta, y de las normas de conducta a los bellos conocimientos, y partiendo de éstos terminar en aquel conocimiento que es conocimiento no de otra cosa sino de aquella belleza absoluta, para que conozca al fin lo que es la belleza en sí. En este periodo de la vida, querido Sócrates -dijo la extranjera de Maitinea-, más que en ningún otro, le merece la pena al hombre vivir: cuando contempla la belleza en sí.” Platón, *Banquete*, Gredos, Madrid, 1997, p.263 (212b-d)

necesidad fundamentalmente erótica y gracias a la cual, los objetos a los que accede le satisfacen cada vez más.

Esta noción de origen platónico y recuperada después por los renacentistas, contrasta con la de Freud, para quien una transformación de esta naturaleza no es posible porque no hay deseo esencial que responda a ello, porque los deseos fundamentales son, en última instancia, animales y permanecen invariables, de manera que toda intención de elevarse sobre ellos se da siempre a costa del mayor placer que sería posible experimentar.

El deseo erótico en Freud mira a lo elemental, a lo primitivo; igual que Tánatos, parece complacerse más que nada con la satisfacción de los impulsos originarios, que son ajenos a todo refinamiento, teleología o proyección. De hecho, por eso es tan difícil pensar la ética desde el pensamiento freudiano, porque como él mismo lo dice, la aspiración por una superación real de lo humano sólo puede lograrse muy excepcionalmente y sólo a través de la represión de las pulsiones, es decir, a costa de esa otra parte más esencial.¹⁰⁷

Pero aquí, una vez más, el vasto pensamiento de Freud pide matices, en esta ocasión, debido a esta idea: *Eros necesita obstáculos*.

No es difícil comprobar que la necesidad erótica pierde considerable valor psíquico en cuanto se le hace fácil y cómoda la satisfacción. Para que la libido alcance un alto grado es necesario oponerle un obstáculo, y siempre que las resistencias naturales opuestas a la satisfacción han resultado insuficientes, han creado los hombres otras, convencionales, para que el amor constituyera verdaderamente un goce.¹⁰⁸

¹⁰⁷ En este sentido, vale la pena recordar que Freud rehusó siempre el hacer planteamientos de orden ético o moral. El fin del conocimiento psicoanalítico no era hacer hombres mejores, sino curar enfermedades, sacar a la luz los abismos del Inconsciente, "la eficacia de nuestra terapia no va más allá de la medida en la que le es posible transformar lo inconsciente en consciente." (Lecciones introductorias... tomo II, p.2297) Disolver los síntomas, concientizar los deseos, verlos perder su fuerza imperiosa y hacerlos manejables: eso buscaba el psicoanálisis.

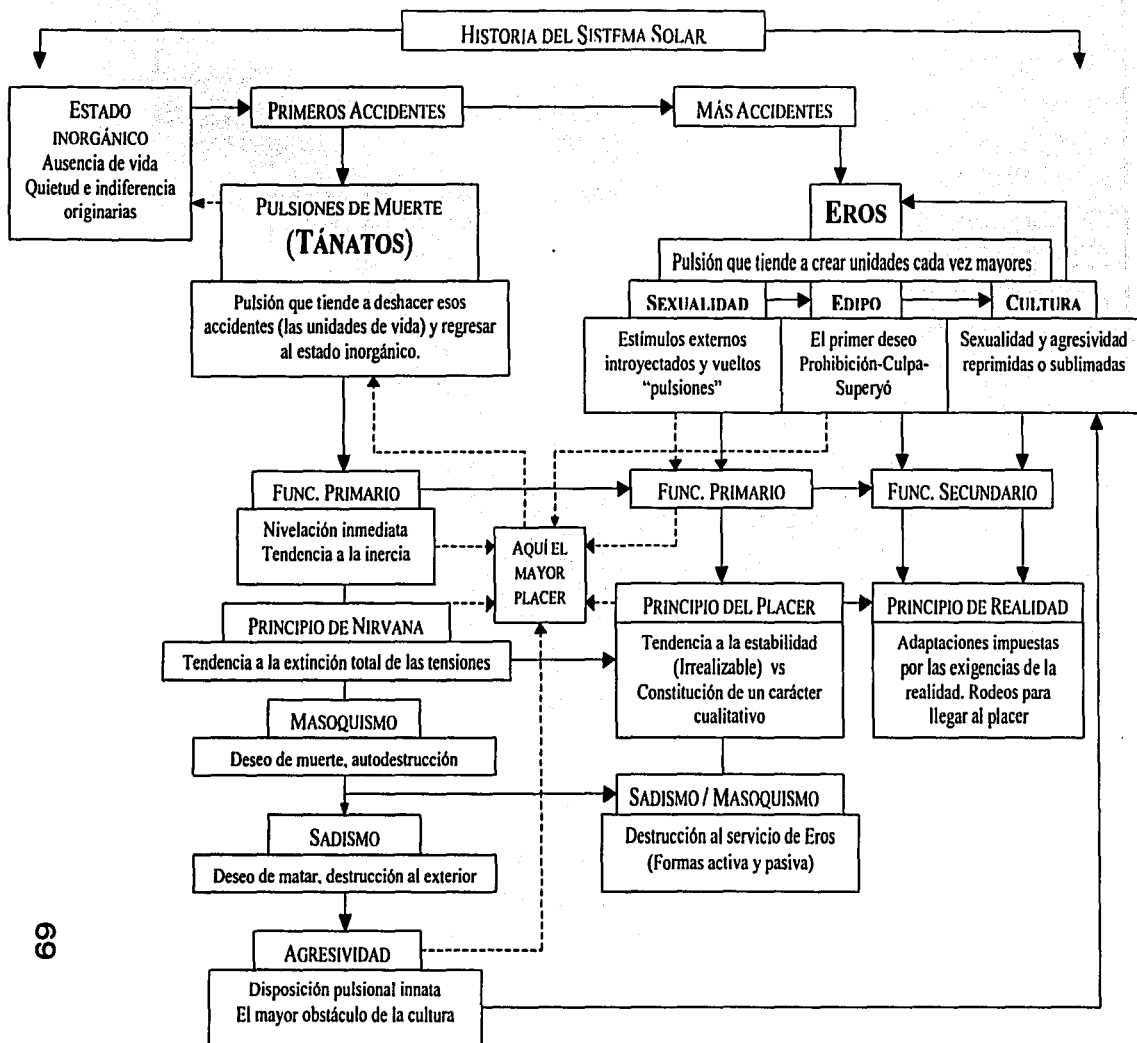
¹⁰⁸ *Sobre una degradación general de la vida erótica*, II-1715

Tal como lo revela este pasaje y como vimos en su conclusión acerca del principio del placer, el deseo aspira al logro de cierto "carácter cualitativo", lo que hace caber, más que una pura distensión o una inercia, una *construcción*, la elección *activa* de esa cualidad y de los obstáculos a los que hay que oponerse para llegar a ella.

Con esto llegamos a un punto problemático del pensamiento freudiano, porque prácticamente durante todo su pensamiento nos habla de una tendencia fundamental a la estabilidad y la conservación (una tendencia manifiesta en ambos tipos de pulsiones, y que obtiene su violencia y su bestialidad de esa originaria búsqueda por la liberación de las tensiones), y por otro lado nos dice que en algunos casos lo que se busca no es la estabilidad por sí misma, ni sólo la nivelación, sino también ciertas tensiones y lo que éstas provocan. De estas tensiones no se nos explica por qué podrían generar un placer mayor si el principio del que surgen, y al que responden, es fundamentalmente entrópico y conservador, pero queda sugerido que de alguna manera también fungen como móviles de nuestra actividad y de nuestra búsqueda por el placer, con lo que llegamos a un punto aporético en el planteamiento freudiano, que sugiere ambas cosas y en ningún momento da respuesta a esta contradicción.

Agrego aquí un esquema que ilustra el dualismo freudiano tal como se ha seguido hasta aquí.

EROS Y TÁNATOS EN FREUD



TERCERA PARTE

III.1 Gravedad

Yo no creería más que en un dios que supiese bailar.
Y cuando ví a mi demonio lo encontré serio,
grave, profundo, solemne: era el espíritu de la pesadez,
-él hace caer a todas las cosas.

Nietzsche

Recapitulemos. Después de seguir con detalle lo que Freud tenía que decir directamente acerca del placer, en la primera parte de esta tesis mostré que su definición del mismo es problemática. Esto se debe a que durante gran parte de su obra se apoya en la idea cuantitativa y negativa de que el placer es algo que coincide con la disminución de las tensiones en el psiquismo, no obstante también llega a reconocer que esta relación entre el placer y el nivel de tensión puede variar, y que hay un factor cualitativo que también debe ser tomado en cuenta, aunque él mismo no lo hace. En otras palabras, Freud se da cuenta de que algo falta a su comprensión del placer, y a pesar de que éste constituye un tema muy importante para entender el funcionamiento de la vida anímica, no se dedica a ello y lo deja abierto.

A partir de esta ambigüedad en el pensamiento freudiano, surgieron dos cuestionamientos principales que me hicieron volver la atención sobre los deseos, terreno en el que Freud ofrece mucho material. Por el primero preguntaba si en ellos podríamos encontrar algo acerca de ese factor cualitativo, si tal vez habría algunos que fueran más importantes que otros y si la manera de responderles también influiría en la calidad de las satisfacciones. Por el segundo, cuestioné también que en la fuente del desear lo que se quiera sea la calma, como ya parecía sugerirlo Freud, y no más bien seguir deseando.

Ahora bien, vimos cómo para el padre del psicoanálisis las pulsiones son exigencias de trabajo impuestas a lo anímico, procedentes del interior del organismo y sin sentido definido; y cómo estas pulsiones adquieren su sentido al constituirse como deseos, es decir, al vincularse con

imágenes o representaciones del objeto que ha de servir a su satisfacción. Ya esto sugería que un punto importante podría estar en la formación de esos deseos y esas imágenes a partir de pulsiones indefinidas, que en ello nos individualizaríamos y que de esto dependería en gran medida la calidad de las satisfacciones a las que pudiéramos acceder.

Pero la concepción freudiana aparentemente abierta y flexible de los deseos y las pulsiones, es problemática desde el momento en que su finalidad queda fijada en el anhelo primordial de recuperar la estabilidad imperturbable del origen. Tal como lo mostró todo el recorrido por el deseo realizado hasta ahora, para Freud lo que nuestro psiquismo quisiera es, en el fondo, dejar de desear, regresar a aquel pasado primigenio en el cual ningún deseo existía porque nada impulsaba a salir de la tranquila y completa unidad del principio. Desde esta perspectiva los deseos, como las pulsiones, "ponen en movimiento al aparato", pero porque un impulso es conducido por una inercia más básica y elemental que quiere disolver los accidentes y regresar a la estabilidad.

En el caso de los deseos, esto se traduce en el Edipo: el deseo trágico formado en la infancia, al cual subyace un conflicto irreconciliable entre lo que más fundamentalmente se desea (el placer de la fusión con la madre) y la represión que ha de imponerse a dicho querer (con la creación del *superyó* y la cultura). Este mismo conflicto se manifiesta también en la esencia de las pulsiones, dos tipos de pulsiones originalmente identificadas en su tendencia a volver a la estabilidad originaria, pero que después se vuelven antagónicas porque una la busca progresivamente, construyendo y multiplicando la vida, y la otra regresivamente, destruyendo; la una trágica porque en su progreso se aleja cada vez más del impulso indómito que le da origen y al cual debe reprimir, y la otra porque destruye todas las unidades que la primera se afana en construir, situación que la hace recibir también los castigos de la represión.

Con esto vemos que, con Freud, tanto el deseo más importante (el edípico) como los dos tipos de pulsiones, sí tienen en el fondo un sentido muy definido -de hecho, y esto es lo más

paradójico, un sólo sentido-: el regreso a la total satisfacción del principio.¹⁰⁹ También en estos terrenos predomina esa idea según la cual lo más esencial en nosotros tiende a la distensión y la calma, tal como lo postuló Freud durante tanto tiempo con el principio del placer. Aunque también aquí nos encontramos con el reconocimiento, un tanto aislado, de que “siempre que las resistencias naturales opuestas a la satisfacción han resultado insuficientes, *han creado los hombres otras*, convencionales, para que el amor constituyera verdaderamente un goce”.¹¹⁰ Y en el mismo sentido, nos topamos también con la no menos problemática derivación de la agresividad y la destructividad humanas, con todas sus tensiones, a partir de la inercia. Es decir, Freud llega a reconocer que hay algo en nosotros capaz de provocar o disfrutar nuevas tensiones, pero nunca da a esta idea una vinculación más profunda con el resto de su pensamiento y todas sus implicaciones quedan inexplicadas.

Si aceptáramos la propuesta freudiana, si no diéramos importancia a estas tensiones y viéramos en ellas – como tiende a hacerlo Freud- el resultado de la interacción de nuestra íntima tendencia a la estabilidad con la realidad, la necesidad (la *anaké*) y todas esas fuerzas externas, perturbadoras y desviantes, ya podríamos sacar algunas conclusiones acerca de aquella cualidad que hace que un placer nos satisfaga más que otro. Diríamos, en primer lugar, que ésta sí coincide con un estado libre de tensiones (aunque aquí tendríamos que admitir, un tanto contrariados, que al tibio bienestar de lo estable podría hacerle falta el contraste). Diríamos también, que para lograr dicho estado habría que poner la atención en los deseos que son más fundamentales, y que mientras más apegada al impulso originario e indómito de estos deseos sea la satisfacción que les demos, mayor placer procuran –pues, al margen de todo principio de realidad, este llamado

¹⁰⁹ Deleuze y Guatari dijeron al respecto: “El gran descubrimiento del psicoanálisis fue el de la producción deseante, de las producciones del inconsciente. Sin embargo, con Edipo, este descubrimiento fue encubierto rápidamente por un nuevo idealismo: el inconsciente como fábrica fue sustituido por un teatro antiguo; las unidades de producción del inconsciente fueron sustituidas por la representación; el inconsciente productivo fue sustituido por un inconsciente que tan sólo podía expresarse (el mito, la tragedia, el sueño...)” Antiedipo, p.31

¹¹⁰ V. *Supra*. 106

indómito es el que más pesa en nosotros, el que con magnetismo más profundo nos acerca a la estabilidad primera, que es la con más fuerza nos atrae.

Concluiríamos, además, que satisfacer fielmente a estos deseos más profundos y verdaderos es imposible, porque dada nuestra historia son contradictorios entre sí (unos construyen, los otros destruyen), y además son contrarios a la cultura, de manera que mientras avanzamos en nuestras aspiraciones culturales, por definición nos distanciamos, en alejamiento progresivo (sea por la represión o por la sublimación), de aquellos placeres primitivos más intensos y verdaderos que nos sería dado experimentar.

Entonces confrontaríamos estas conclusiones con la realidad y la historia y, ante la visión de hombres insatisfechos, violentos, reprimidos y portadores de terribles sentimientos de culpa, consentiríamos con Freud, en tono grave, que el malestar en la cultura comienza en la esencia de nuestra propia naturaleza, que el hombre es un ser trágico cuya condición consiste en alojar en su interior tendencias antagónicas, irrealizables y hostiles, y que podemos aspirar a la tibia felicidad cultural, que no nos satisfecerá nunca plenamente, pero al menos nos acoge tolerante.¹¹¹

Y sin embargo, es muy pronto para aceptarle todo esto a Freud porque, como he querido mostrar, este planteamiento acerca de nuestros impulsos más fundamentales, de lo que queremos en el fondo, tiene varios problemas. En términos del dualismo y tal como los traté anteriormente, estos problemas pueden sintetizarse en tres puntos que me interesa resaltar:

1. Partiendo de una tendencia "tanática" a la estabilidad y la disolución de las tensiones (cuyo referente más originario se encuentra en el estado inerte e inorgánico del que surgió la vida y al cual se quisiera regresar), se está derivando la existencia de una agresividad que busca la destrucción y la muerte, y que genera una insalvable desgarradura en lo más íntimo del ser

¹¹¹ Recordemos cuando dice: "Un gran número de individuos, situados ante conflictos cuya solución se les hacía demasiado difícil, se han refugiado en la enfermedad, alcanzando con ella ventajas innegables, aunque demasiado caras a la larga. ¿Qué habrán de hacer estos hombres cuando las indiscretas revelaciones del psicoanálisis les impidan la fuga, cerrándoles el camino de la enfermedad? Tendrán que conducirse honradamente, reconocer los instintos en ellos dominantes, afrontar el conflicto y combatir o renunciar a

humano, según la cual, esta incesante tendencia destructiva se opone, por principio, a todo deseo de unión y construcción que pueda haber en el hombre. Pero este supuesto parte de una contradicción: la que surge al hablar de una tendencia que busca disolver las tensiones y a la vez las provoca.

2. Partiendo de la misma tendencia a la estabilidad, se está suponiendo la existencia de un Eros cuyo impulso no se debe a sí mismo, sino al efecto de la realidad externa sobre esta corriente niveladora que, buscando apaciguarse, es quien genera el movimiento. Así pues, no hay propiamente un principio diferente al tanático, sino, en todo caso, algo que parece ser una derivación "tardía" y "accidental" del mismo.

Y 3. Una vez que este supuesto Eros se ha asumido como impulso primordial cuyo objetivo es crear unidades de vida cada vez mayores (de donde surgiría su oposición con el polo destructivo), en el fondo su objeto y su mayor satisfacción se ubican atrás, en una sexualidad o un deseo edípico que en última instancia también remiten a aquella completud y aquella tranquilidad primigenias, y que deben ser reprimidos para el logro de esas unidades cada vez mayores en las cuales este Eros supuestamente encuentra su máxima realización. Entonces, un impulso sin sentido cuyo movimiento va en contra de sí mismo.

Para decirlo brevemente: bajo el nombre de un dualismo, Freud nos está dando una visión que lo explica todo a partir de un sólo centro de gravedad: el tanático, y aquí lo que está faltando, es desdoblar realmente la polaridad, para dejar de ver a esa tendencia a la estabilidad y la repetición de lo mismo como lo único esencial en nosotros, y empezar ver a Eros, y a todo lo que él puede significar, en todo su esplendor y con toda su fuerza. Esto es, Eros como un principio también originario en nosotros que, como lo he venido sugiriendo, lejos de deber su movimiento a una tendencia a la conservación, la inercia, la disolución y la homeostasis -o aun, a la represión de dicha tendencia primitiva y profunda, realizada debido al influjo de la realidad-, puede

sus deseos; y la tolerancia de la sociedad, consecuencia de la ilustración psicoanalítica, les prestará su apoyo." *El porvenir de la teoría psicoanalítica*, Tomo III, p.1568.

entenderse como un impulso que *por sí mismo se lanza más allá de sí* en busca de lo otro que le atrae, provocando con esto la diferencia y las tensiones, pero también la posibilidad distinguirse, vincularse, ser más, ser otra cosa, alcanzar nuevos estados y nuevos sentidos.

Estoy hablando de algo que nos obliga a ir más allá de Freud, porque esto tiene implicaciones que cambian completamente la manera como podemos llegar a comprender no sólo una polaridad, sino también a nuestro deseo, nuestro placer y a nosotros mismos.

III.2 Eros encendido

En su comentario al *Banquete* platónico, Marsilio Ficino habla de Eros desde esa perspectiva sobre la cual he querido llamar la atención. Dice así:

Agréguese que en el apetito del hombre desde el principio de la vida está encendido un hervor, que no se apaga nunca. Éste no deja reposar el alma en sí; sino que la empuja siempre a dedicarse con vehemencia a algo.

Por las flamas de este rayo se enciende el instinto natural: este incendio, y este ardor, que nace de la oscuridad del principio, y de la centella que le sobreviene, es el Amor nacido de la pobreza y de la riqueza.¹¹²

Hay varias cosas que quiero resaltar de esta imagen con la que Ficino nos habla del Eros platónico. En primer lugar, esta concepción de una flama vehemente que nace en nosotros desde el principio de la vida y que nos empuja siempre hacia algo. Frente al Eros freudiano, que debe su movimiento a la corriente tanática en conjunción con la dura *anake* y todos los accidentes externos, tenemos la visión de esta especie de hervor encendido en nosotros, como la causa ontológica que no deja descansar a nuestra alma en sí.

¹¹² M. Ficino, *De Amore*, pp.130 y 114.

La diferencia es fundamental. Del Eros entendido así, como centella que está ahí desde el origen, no puede decirse que su fin sea apagarse, fundirse para siempre en el abrazo profundo de la unidad y la estabilidad. Al contrario, la presencia de este deseo nos habla de que algo en nosotros tiene la necesidad de romper con ese reposo, y de que aquello que busca no es dejar de desear o extinguirse como deseo, sino mantenerse despierto y acrecentar su llama, como en un desbordamiento o un salirse de sí mismo. Eros como aquello en nosotros mismos que reconoce cada vez algo otro que lo enciende y lo atrae, algo que le impulsa a salir del estado en que se encuentra para ir más allá de sí.

De esto nos habla el mito socrático de Poros y Penia (*Banquete* 203^a-204c) al que alude Ficino. Eros nace de la carencia, de la ausencia de algún bien, del otro, de ser; pero nace también de la abundancia, de estar probando ya aquello que persigue, de conocerlo desde antes y ponerse en movimiento hasta alcanzarlo precisamente porque sabe que trae la satisfacción. "Quienquiera, pues, que ame alguna cosa, es cierto que no la posee enteramente. Sin embargo, la conoce con el pensamiento del alma, y la juzga placentera, y tiene esperanza de poderla conseguir. Este conocimiento, juicio y esperanza es casi una anticipación del bien ausente. Ya que no desearía una cosa, si no le agradara; ni le agradaría si no la hubiese probado."¹¹³

En otras palabras, Eros sabe que le falta algo y su riqueza está en reconocer eso que le falta, y en tener los recursos para ir tras él. Como dice Juliana González: "Penia equivale al *vacío de ser*, que ha de ser interpretado como vacío ontológico, como un no-ser unido no obstante a su opuesto: a lo que constituye el ser potencial del caudal del padre Poros, que significativamente no es riqueza como un hecho consumado, como un estado de plenitud, sino como un poder, como un potencial de medios, como un *camino* vital..."¹¹⁴

Así pues, para Eros entendido así, no hay un estado originario de plenitud, un estado que quisiera conservarse en su mismidad y que sólo por el efecto de la realidad exterior es perturbado:

¹¹³ Ficino, *Op. Cit.*, p.115

¹¹⁴ J. González, *El poder de Eros*, p.66.

Eros no quiere volver a ningún pasado más perfecto porque desde el principio él mismo lleva en su esencia un vacío, una oquedad que lo empuja hacia adelante y hacia afuera. Es esta insuficiencia ontológica la que provoca que ninguna satisfacción sea definitiva para él, porque una y otra vez renace como deseo queriendo completarse con algo que está más allá: "...lo que consigue siempre se le escapa, de suerte que Eros no está nunca falto de recursos ni es rico."¹¹⁵ Pero también -y esto es lo que más me interesa resaltar- es esta insaciabilidad lo que le da la garantía de poder alcanzar estados cada vez más altos, es decir, que sin dejar de satisfacerlo, lo enciendan más.

De manera que aquí lo que entra en juego son los medios de los que se vale para saciarse, es decir, tanto los objetos hacia los cuales se proyecta, como los caminos que tome hacia ellos, porque Eros no sigue un orden predeterminado, sino que lo genera él mismo, en gran medida; su riesgo es el fracaso, apagarse, cerrarse las puertas que podrían permitirle llegar más lejos; su *poder* está en crear ese camino vital que ha de mantenerlo despierto y logre acrecentar su llama.¹¹⁶

En este sentido, y como dice también Ficino, "...el mismo hervor se llama inmortal y mortal; inmortal, porque no se apaga nunca, y porque más que apagarse, cambia de materia; mortal porque no atiende siempre a una misma cosa; sino que busca nuevos deleites, o por cambio de naturaleza, o por haberse saciado con el largo uso de una cosa. Así que el fervor que muere en una cosa, resucita en otra."¹¹⁷ Es decir, el impulso de Eros es inmortal, pero los objetos de los que se vale para mantener su llama son mudables, pueden variar en la medida en que dejan

¹¹⁵ Platón, *Banquete*, 303e

¹¹⁶ En relación a este poder de Eros, ya Juliana González ha llamado la atención sobre su dimensión comunicativa, comunitaria y curativa. Eros como un principio esencialmente vinculatorio que cura nuestra permanente necesidad del otro (particularmente, otros seres humanos), y que por ello busca la re-unión, la comunión y la comunicación. (V. Juliana González, *El poder de Eros, Op. Cit.*). Es nuestro impulso erótico, entonces, el que nos lleva a los otros y el que, siguiendo el llamado vehemente que de su propia naturaleza, puede generar unidades cada vez más profundas y fuertes. Justo este impulso explica nuestra capacidad de entrega, de comunicación y colaboración. Justo para eso debe Eros emplear su astucia.

¹¹⁷ Ficino, *Op.cit.*, p.130

de deleitarle; por ninguno se apaga completamente, pero hay algunos que los encienden más que otros.

Con todo esto vemos que el deseo erótico es esencialmente indefinido, pues no obstante cada vez parte de un punto dado, de toda una experiencia acumulada, es siempre impulso que se abre más allá de sí, a lo que no es él, y esto otro es lo que no tiene forma predefinida, ni establecida necesariamente, sino que es abierta, con lo que el punto está en que cada vez que este deseo tome sus formas, lo haga a través de objetos, imágenes y caminos que le permitan ascender hasta satisfacciones cada vez mayores.

Dice Giordano Bruno:

Así, el intelecto concibe la luz, el bien, lo bello, hasta allí donde alcanza el horizonte de su capacidad, y bebe el alma el néctar divino, abrévase en la fuente de vida eterna, en la medida que puede su propia vasija contener; se ve que la luz se difunde más allá del círculo de su horizonte, pudiendo siempre él penetrarla más y más, y que el néctar, fuente de agua viva, es infinitamente fecundo y que en él puede más y más embriagarse.

[...] No se sigue de esto ni la imperfección en el objeto ni la poca satisfacción en la potencia, sino más bien que la potencia es comprendida por el objeto y beatíficamente absorbida por él. Aquí, los ojos imprimen en el corazón -es decir, en la inteligencia- y suscitan en la voluntad un infinito tormento de suave amor, *no habiendo pena por no lograr aquello que se desea, sino felicidad porque se alcanza siempre aquello que se persigue; más no se llega nunca a la saciedad, pues siempre crece el apetito y, por ende, el gozo...*¹¹⁸

Como dice este filósofo renacentista, el grado de satisfacción del deseo depende de la capacidad que él mismo logre para sí, es decir, que está en su esencia la posibilidad de transformarse a sí mismo y a su objeto, y sobre todo, que en esta depuración Eros puede satisfacerse a sí mismo cada vez más, sin que por ello llegue a la saciedad, ni deje de sentir ese "infinito tormento de suave amor" que empuja siempre, con cierto riesgo y cierto estremecimiento, a todo verdadero amante.

Así adquiere Eros toda su dignidad: en ejercicio constante de sí, exigente y decantador de sí mismo y su objeto, ordenador del mundo, generador de vínculos, selectivo, seductor, sensible a todo lo que ocurre dentro y fuera de sí porque en ello va la pista de lo que persigue, desafiante, furioso, aventurero, en progresión infinita hacia una meta que se extiende siempre más allá, más adelante, más arriba, y que sólo será conservada mientras siga siendo deseada -"fuego de amor y fuego de cólera" dijo un día Nietzsche.¹¹⁶ Un principio de movimiento, una fuerza creativa, un impulso hacia lo más deseable, lo más placentero, lo más bello.

En suma, Eros no como un deseo fijo en un objeto inmodificable y que sólo podría satisfacerse plenamente en su expresión más indómita, sino como un impulso que para acrecentarse y satisfacerse a sí mismo cada vez más, necesita del ejercicio, el experimento, la sensibilidad y la depuración.

III.3 El jardín de los senderos que se bifurcan

Frente a Eros entendido como ese impulso vehemente que nos empuja hacia lo otro, ese deseo impetuoso, violento incluso, que se sale de lo establecido porque algo lo ha encendido y ha puesto en juego todos sus recursos, la tendencia a la estabilidad de la que nos hablaba Freud tiene algo que decir. Porque no siempre hay ese deseo, esa sed de desafiar, de seducir o transgredir, esa aspiración. No todo se explica por los logros y los fracasos de Eros. También hay una inercia, que no es necesariamente positiva o negativa, simplemente tiende a la homogeneidad, a la estabilidad, a conservarse y a bastarse tal cual es.

¹¹⁶ Giordano Bruno, *Los heroicos furiosos*, pp.193-194

¹¹⁹ Cfr. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, p.97. En general, Nietzsche no habla de Eros, sino de *voluntad de poder*. Una comparación entre ambos conceptos está más allá de los alcances de esta tesis, lo que relaciono por lo pronto es esta visión nietzscheana de que el impetu amoroso es también despreciador, creador, violento, valorador.

Dejaré de llamarla "tanática", porque su relación con la muerte me parece problemática; me interesa resaltar que, por ella, el movimiento es mecánico y, ante las perturbaciones, reactivo; tiende a repetir el mismo curso, a dejarse llevar. Podríamos definirla negativamente como ausencia de deseo, de visión y de impulso, como aquello que se genera cuando Eros permanece dormido u oculto; pero en la medida en que ante esta ausencia también hay un movimiento que se manifiesta positivamente como corriente niveladora que reacciona ante las perturbaciones para conservar un estado de cosas, me parece explicativo entenderla por sí misma, como un principio diferente al erótico.

Ahora bien, he dicho que su relación con la muerte me parece problemática y me refiero a lo siguiente. Así como podemos asociar la acción de una inercia y una tendencia a la entropía, con la ausencia de vida y de riqueza vital, así también podemos ver que la actividad erótica está estrechamente emparentada con la destrucción y la disolución.¹²⁰ La muerte, entonces, no se deriva ni se relaciona únicamente con la inercia, sino también con Eros. Y de la misma manera, hablando desde la vida, también ella es fruto de la acción conjunta de ambas fuerzas, y no de una sola: de Eros, porque es él quien puede llevarla cada vez más lejos, abrir caminos, crear formas nuevas, darle esa multiplicidad y esa riqueza de las que difícilmente podríamos imaginar los límites; y de la inercia, porque la incesante obra de Eros es constantemente apaciguada y llevada al equilibrio por ella. Entonces, la muerte no se opone a lo erótico, sino a la vida, y quien realmente se opone a Eros es la indiferencia, la inercia.

Por otra parte, cómo de la estabilidad y la entropía puede surgir el rayo de Eros, y cómo de la acción de este Eros todo puede desembocar de nuevo en una inercia o un nirvana, son cosas que nos hablan de que hay una unidad que los abarca y que hace posible el movimiento que va de uno al otro. Se podrían derivar muchas cosas de esta unidad y esta dialéctica, a nivel del hombre,

¹²⁰ Sobre esta asociación de Eros con la destrucción hablamos ya en capítulos anteriores, pero pueden decirse cosas más, y en más de un sentido. Recordemos por ejemplo lo que dice Bataille, quien también ha insistido en esta relación y habla del erotismo como perturbación, alteración, estremecimiento.

de la vida, e incluso a un nivel metafísico. Lo que me interesa por lo pronto es ver qué nos dice todo esto acerca del placer.¹²¹

En principio, podemos ver que éste no responde únicamente a uno de estos dos principios. Ninguno explica por sí solo toda la gama de los placeres o dolores que podemos llegar a sentir. Porque hay placer en el reposo, en sentirse completo y suficiente, o en dejarse llevar por la corriente; pero esta misma suficiencia, este reposo y esta corriente pueden volverse tediosos, monótonos, o catastróficos. Y de la misma manera, la actividad erótica puede traducirse en un estarse saciando completamente gozoso, pero también puede generar sufrimiento, ruptura, destrucción.

Es decir, hablando sólo desde la tendencia a la estabilidad, para ella todo equilibrio y toda nivelación estarían bien, porque a eso tiende, a homogeneizar, a bastarse tal cual es, sin

transgresión y ruptura. "...sentimiento que nos adentra en la angustia y la muerte, bajo la ilusión del alumbramiento en la continuidad del ser". *El Erotismo*, pp. 19-20.

¹²¹ Antes de avanzar a lo siguiente, me interesa dejar expreso un diálogo que hasta ahora se ha ido formando implícitamente con el pensamiento de Juliana González. En su libro *El poder de eros*, ella propone que Eros contiene en sí mismo a Neikos y a Tánatos, que Eros conlleva su negación y su antitesis en sí mismo, y que es la propia naturaleza erótica la que explica la discordia y la muerte, además de la vida y el amor. (Cfr. págs. 82-83) En este sentido, un primer cuestionamiento que surge con todo esto, es: una tendencia a la estabilidad y la inercia, eso que puede volverse sedimentación, letargo, anquilosamiento -la pesantez de la que habla Nietzsche- ¿también vienen de Eros? ¿podría Eros querer repetirse a sí mismo siempre, imperturbable, sin ir más allá de sí? Si esta inercia y esta tendencia repetidora fueran sólo signos de ausencia, privación y omisión, causas "deficientes", en términos de San Agustín ¿cómo entonces entender esa especie de fuerza con que también nos atraen, ese profundo magnetismo que ejercen sobre nosotros -del que habla Freud- y que nos mantiene en una forma de ser, contrapunteando con la ligereza y la vivacidad propiamente eróticas? Podríamos tal vez extender el concepto de Eros, y hacer caber en él también esta corriente que disuelve su ímpetu y lo apaga como deseo, pero entonces todo sería Eros, ¿y cómo nombrar el momento del impulso, de la apertura hacia lo otro o los otros, como distinguirlo para llamar la atención en su poder?

Por otra parte, Juliana González propone también una correspondencia entre la naturaleza humana y la naturaleza de Eros, por eso hará una recuperación de los mitos platónicos, no sólo el de Poros y Penia, sino también el de Aristófanes y el del carruaje alado, y dirá: "Para conocer la naturaleza del amor se requiere conocer la naturaleza del hombre, lo cual remite al hecho decisivo de que se asimilen implícitamente ambas naturalezas, de que lo que se diga para una valga para la otra. Y lo que es más significativo: la naturaleza humana es concebida como 'naturaleza erótica', como *eros* ella misma." (*Ibid.*, p.65). En este sentido, la otra pregunta que quiero dejar abierta, es: ¿qué tanto lo erótico no es algo que también se extiende a otras esferas del ser, más allá de la propiamente humana? ¿no es también erotismo el que vemos entre los animales o las plantas, por ejemplo, o el que ha llevado a la materia elemental hasta todas las formas de la vida? Ciertamente es el erotismo el que explica nuestra necesidad de trascendernos, el que hace posible nuestra *eticidad*, pero si Eros no es exclusivo de lo humano, entonces tendríamos que volver a preguntarnos qué es aquello del erotismo que nos hace propiamente humanos, aquello que nos da

desde el impulso erótico igual, a él mismo no le importa a dónde lleve porque es inmortal y -dicho shopenhauerianamente- a través de nosotros, a o costa nuestra, una y otra vez se renovará como deseo, insaciable y voraz. Pero hablando ya desde nosotros, es cada vez una particular combinación de ambos (ciertas formas de cada uno, o un de un ir y venir del uno al otro) lo que nos produce placer, y para entender esto no basta con referirse a ellos solamente, sino que hay que volver la mirada a algo más: a eso que ocurre en nosotros para que la actividad de estas dos fuerzas nos resulte más o menos placentera.

Y así vemos cómo todo este viaje por el deseo no termina de responder dónde está el placer, pues si bien ahora es claro que su llamado no responde sólo a una tendencia a liberar o nivelar las tensiones, sino también a otra que las provoca porque con ello se enciende, también vemos que la relación que estas dos tendencias guardan con él no es unívoca ni necesaria, ambas tienen un doble filo y ninguna nos determina en una sola dirección. La pregunta vuelve a surgir, entonces, por aquello que hace que a veces prefiramos la estabilidad y la inercia, o a un objeto y un camino erótico específicos, en vez de otros; por aquello, una vez más, que nos hace encontrar más placer en ciertas experiencias que en otras.

¿Y cómo dar cuenta de eso? ¿A qué referimos entonces para entender que, ante esta indefinición, hay sin embargo caminos que nos llaman con más fuerza? ¿A nuestro cuerpo, a los procesos físicos, químicos y biológicos que dada toda una historia de inercia y erotismo han llegado a constituirlo? ¿Al entramado simbólico desde el cual nos apropiamos de él -ese mundo de imágenes y representaciones surgido de la misma historia de inercia y erotismo, y que nos hace *sentir* más o sentir menos, dar más valor a unas cosas que a otras y conducir en consecuencia nuestras acciones? ¿Al punto de contacto entre uno y otro, ese jardín de senderos que se bifurcan?

nuestra condición ética -ese salto cualitativo que nos hace diferentes al resto de la materia, las plantas y el resto de los animales.

Estas preguntas deberán quedar abiertas. Baste por ahora con decir que lo problemático del placer no está en que constantemente tengamos que estar actuando en contra de nuestra naturaleza, y en que lo que más profundamente deseamos como seres humanos deba ser reprimido de entrada y por toda nuestra vida, debido a que los fines de este querer sean irrealizables o trágicos en su esencia; sino en que hay una forma de sentir que se va conformando históricamente en nosotros a partir de fuerzas indeterminadas (Eros y la inercia, en interacción continua con la realidad), y desde la cual reconocemos lo que nos es placentero y lo que no.

Lo problemático aquí está justamente en que las formas de placer que caben en esta sensibilidad, no se miden por referencia a un deseo o unos impulsos que nos determinaran en una sola dirección, sino a lo que cada sujeto sea capaz de experimentar partiendo de la situación específica en que se encuentre y de las posibilidades abiertas que lo definen. Como dice Priani a propósito del neoplatonismo hermético, "...en última instancia, ser hombre es una mera posibilidad, un tránsito, un puente o un precipicio, una indefinición que sólo la acción determina."¹²²

De aquí que haya que volver la atención sobre los manejos que hacemos de nosotros mismos, partiendo de esa indeterminación que nos define, para obtener placer, pues, recordando a Bruno, de ellos dependen las alturas que podamos alcanzar ("...bebe el alma el néctar divino, abrévase en la fuente de vida eterna, en la medida que puede su propia vasija contener").¹²³ Y de aquí, también, la importancia que adquieren temas como precisamente la sensibilidad o la subjetividad.

Pero está más allá de los alcances de estas tesis adentrarme en este universo. Me interesa solamente apuntarlo, señalar que si nuestros impulsos no tienen una sola dirección, sino que se transforman y adquieren sentido a partir de nuestra propia actividad, lo clave está justamente en la capacidad que tengamos de intervenir en este movimiento, para obtener de estos manejos y de las

¹²² Ernesto Priani, *Magia y hermetismo*, JGH, México, 1997, p.62

¹²³ *V.Supra*

fuerzas que llevan de por medio, un resultado que nos guste. Y esta, sin duda, ha de ser una capacidad estética.

Una investigación futura podría indagar los problemas e implicaciones que tiene el hablar así del sujeto, la sensibilidad y de una capacidad estética. Freud mismo tendría todavía mucho que aportar a una discusión en este en este sentido, especialmente por lo que toca al papel del Inconsciente, la represión y la culpa -aunque claro, entendidos éstos no ya en función de aquel deseo y aquellas pulsiones más poderosos frente a los cuales todo otro placer es menor, sino como momentos de este otro querer que se va transformando con la experiencia, y que si bien puede quedar fijado en un objeto conflictivo muy específico (del tipo del Edipo, por ejemplo), no es por cierto de manera esencial, sino histórica.

Michel Foucault, quien ya ha recorrido mucho en este sentido, nos da una pauta cuando dice:

Hablar así de la sexualidad implicaba liberarse de un esquema de pensamiento que entonces era muy común: hacer de la sexualidad una invariable y suponer que, si toman sus manifestaciones formas históricas singulares, lo hace gracias a mecanismos diversos de represión, a los que se encuentra expuesta sea cual fuere la sociedad; lo cual corresponde a sacar del campo histórico al deseo y al sujeto del deseo y a pedir que lo que pueda haber de histórico en lo prohibido dé cuenta de lo que pueda haber de histórico en la sexualidad.¹²⁴

También Priani ha señalado el carácter *dinámico* de la sensibilidad, esta cualidad gracias al cual lo que somos capaces de sentir puede modificarse lo mismo durante la vida del sujeto, que a lo largo de la historia.¹²⁵ En ambos casos la mirada se dirige ya, no a un querer invariado, referencia para todo análisis, sino a eso que se va constituyendo históricamente en y por nosotros, a través de las técnicas y artificios con los cuales regulamos nuestra conducta -“artes de existencia”, en

¹²⁴ Michel Foucault, *Historia de la sexualidad*, FCE, México, 1997, Tomo II, p.8

¹²⁵ E. Priani, *Los Libros del placer*, p.148

fuerzas que llevan de por medio, un resultado que nos guste. Y esta, sin duda, ha de ser una capacidad estética.

Una investigación futura podría indagar los problemas e implicaciones que tiene el hablar así del sujeto, la sensibilidad y de una capacidad estética. Freud mismo tendría todavía mucho que aportar a una discusión en este en este sentido, especialmente por lo que toca al papel del Inconsciente, la represión y la culpa -aunque claro, entendidos éstos no ya en función de aquel deseo y aquellas pulsiones más poderosos frente a los cuales todo otro placer es menor, sino como momentos de este otro querer que se va transformando con la experiencia, y que si bien puede quedar fijado en un objeto conflictivo muy específico (del tipo del Edipo, por ejemplo), no es por cierto de manera esencial, sino histórica.

Michel Foucault, quien ya ha recorrido mucho en este sentido, nos da una pauta cuando dice:

Hablar así de la sexualidad implicaba liberarse de un esquema de pensamiento que entonces era muy común: hacer de la sexualidad una invariable y suponer que, si toman sus manifestaciones formas históricas singulares, lo hace gracias a mecanismos diversos de represión, a los que se encuentra expuesta sea cual fuere la sociedad; lo cual corresponde a sacar del campo histórico al deseo y al sujeto del deseo y a pedir que lo que pueda haber de histórico en lo prohibido dé cuenta de lo que pueda haber de histórico en la sexualidad.¹²⁴

También Priani ha señalado el carácter *dinámico* de la sensibilidad, esta cualidad gracias al cual lo que somos capaces de sentir puede modificarse lo mismo durante la vida del sujeto, que a lo largo de la historia.¹²⁵ En ambos casos la mirada se dirige ya, no a un querer invariado, referencia para todo análisis, sino a eso que se va constituyendo históricamente en y por nosotros, a través de las técnicas y artificios con los cuales regulamos nuestra conducta -“artes de existencia”, en

¹²³ V. *Supra*

¹²⁴ Michel Foucault, *Historia de la sexualidad*, FCE, México, 1997, Tomo II, p.8

¹²⁵ E. Priani, *Los Libros del placer*, Azul, Barcelona, 1999, p.148

términos foucaultianos,¹²⁶ todas esas prácticas a través de las cuales damos cara a lo problemático de nuestras vidas, y que, en última instancia, lo que buscan es el logro de la propia satisfacción; "...un acomodo de orden estético", lo llama también Priani, "...-no podría ser de otro modo para estar en consonancia con la sensibilidad de la que surge."¹²⁷

Así pues, quedémonos por ahora con que aquel factor cualitativo que le da contenido al placer, no encuentra su mayor esplendor en lo que sería la imposible respuesta al llamado fijo e indómito de ese querer fundante que prácticamente lleva a todo el mundo en su contra, del que nos habla Freud (... "todo el orden del universo se le opone"—decía en *Malestar en la cultura*),¹²⁸ sino en las posibilidades de nuestra sensibilidad, una sensibilidad históricamente constituida, y en cuya conformación tenemos una participación activa.

El punto queda, pues, en la capacidad "estética", "alquímica" incluso, que tengamos de conciliar los elementos que intervienen en esta sensibilidad, para obtener de ello, y de la realidad, satisfacciones cada vez mayores.

¹²⁶ Cfr. Michel Foucault, *Tecnologías del yo*, p.48. Y también., *Historia de la sexualidad, Op.Cit.* Tomo II,

p.14

¹²⁷ E. Priani, *Los Libros del placer*, p.154

¹²⁸ Supra. 6 (Cap.I.1)

CONCLUSIONES

En algún momento el padre del psicoanálisis dijo de la aspiración a la felicidad que ésta tenía dos fases: una de fin negativo (evitar el dolor) y otra de fin positivo (conseguir sensaciones propiamente placenteras). Pero así como su dualismo resultó ser en el fondo un monismo (todo explicado a partir de aquella originaria tendencia a la estabilidad), así también esta promesa de una concepción positiva de la felicidad remite a una comprensión negativa del placer, según la cual (y gracias a esa misma tendencia a la estabilidad) éste es entendido como la negación de las tensiones en la vida anímica.

Después de todo, ahora vemos que esta fórmula sólo explica el placer desde la inercia: algo se quiere conservar a sí mismo tal cual es, y ante esto, las perturbaciones que rompen con este equilibrio son displacientes; los deseos surgen con la misión fundamental de recuperar esa estabilidad, y de aquí que Freud tienda a ver que lo que ocurre para el logro del placer no es otra cosa sino la desaparición de estos deseos, confirmando así esa comprensión negativa del placer en la cual éste queda identificado con la no tensión, la no excitación y la constancia.

Pero el placer adquiere otra dimensión cuando lo vemos también desde Eros. En este caso, referirse a la ausencia de deseo para entenderlo no tiene sentido porque donde este Eros se complace, no es en conservarse imperturbable y en su mismidad –pues esto lo cancelaría en lo que tiene de erótico–, sino en abrirse a otra cosa, a aquello que lo enciende.

Desde esta perspectiva, a lo que hay que remitirse para entender al placer, no es a una distensión o una estabilidad recuperada, ni tampoco al deseo que una vez cumplido desaparece, sino a eso que se siente al estarse encendiendo, ese ser llevado fuera de sí, a algo que no se es o que no se posee -nunca completamente-, y que se quiere porque nos arroba, nos cautiva.

Así, podemos decir que el placer es un estado de la sensibilidad, un estarse sintiendo de cierta manera que no quisiera dejarse, como un delirio o una embriaguez. Lejos de agotarse en lo que podría parecerse al sonido de una nota plana y continua (una inercia mantenida indefinidamente), o en el efecto producido por la recuperación más pronta posible de esa inercia cuando ha sido perturbada, este estado hace imaginar más bien la progresión de una melodía que se quisiera incesante, una suerte de música formada por clímax y puntos de reposo como momentos de una obra que, toda ella, mantuviera despierta y saciándose a esta sensibilidad ávida.

Bruno lo ha dicho mejor:

...Un infinito afán, siempre en posesión y siempre en busca de su objeto, pues la felicidad de los dioses es expresada por el beber -y no por el haber bebido- el néctar, por el gustar -y no por el haber gustado- la ambrosía, por el deseo insaciable del alimento y la bebida, y no en el hallarse saciado y falta de deseo. Gozan, pues, la saciedad como movimiento y aprehensión, y no como quietud y comprensión; no llegan a saciarse sin conservar el apetito, ni apetece sin que vengan en cierto modo a ser saciados.¹²⁹

Así pues, es cierto que hay placer en la recuperación de la estabilidad, en estar "saciado y falta de deseo", pero la felicidad de los dioses -como la llama Bruno- no se reduce a eso. En la medida en que en nosotros hay también una avidez por algo más, un impulso insaciable que sólo encuentra su satisfacción como "movimiento y aprehensión", en esa medida nuestro placer también consiste en un saberse en el camino hacia lo otro que nos atrae: ese néctar y esa ambrosía que de probarlos nos despiertan y nos piden astucia -de aquí que implique riesgo, inquietud, provocación.

Es por eso que un punto clave para acercarse más al placer está en la conformación de esa sensibilidad desde la cual percibimos lo que nos es placentero y lo que no. Esa sensibilidad que por lo pronto podemos entender como aquello que se va constituyendo en nosotros, y por

¹²⁹ Giordano Bruno, *Heroicos Furores*, p.196

nosotros, a partir de los movimientos de Eros y la inercia, y que nos hace voltear tanto a su sustrato corporal y material, como a todo el entramado simbólico que también la conforma y desde el cual le damos significado, sentido y valor.¹³⁰

Una de las consecuencias que me parecen más importantes de todo esto está en que con esto vemos que no hay un divorcio infranqueable entre nuestros impulsos más fundamentales y nuestras aspiraciones de transformarnos y trascendernos a nosotros mismos. Al contrario, es ese placer cuya búsqueda nos mueve desde lo más íntimo, el que para ser alcanzado en sus mayores esplendores, nos lleva al movimiento y la transformación. El punto está en que mientras todo cambio implica más trabajo y pone en juego la astucia erótica (esa astucia capaz de abrir caminos y reordenar su mundo en vistas a aquello que persigue), ser movido por la inercia es más sencillo, sólo hay que seguir el mismo curso, dejarse llevar. Pero que esta inercia también sea placentera – e incluso, necesaria-, no niega que el placer erótico sea mayor, y tenga, de algún modo, más dignidad.

Por otra parte, todo esto se traduce en la necesidad de pensar de un modo distinto a lo que sería, en términos freudianos, el principio de realidad, el *superyó* castigador y a nuestros afanes culturales, con todo su cortejo placeres domeñados; pues habría que empezar a ver en esa astucia que es sustancial a Eros, no a una instancia represiva que necesariamente y por definición disminuye los placeres que pueden alcanzarse, sino a uno de sus recursos –acaso el más importante- para alcanzar satisfacciones mayores. Un recurso que no tiene garantizado un triunfo definitivo (pues, como vemos, puede tomar formas represivas y contraproducentes), pero del que sí pueden esperarse resultados (porque dichas formas conflictivas no son su fin, sino medios que pueden ser reemplazados por otros).

¹³⁰ En relación a esto último, ya Priani (que en esto sigue muy de cerca de Ficino) ha sugerido la importancia que adquiere la fantasía, no sólo como un principio activo, modelador de la sensibilidad, sino como ese ámbito en el cual lo corporal y lo simbólico se unen, convirtiéndose en lo propiamente constitutivo de la interioridad humana. *Cfr. De sole* (ponencia presentada en las V Jornadas Italianas, México, 2002).

En otro plano, y hablando desde la Ética, esto nos habla de que, así como no podemos decir, en nombre del placer, que lo que el hombre quiere se opone por principio a toda aspiración de superación moral, así tampoco podemos pensar en proyectarnos a fines o valores de los que no podamos constatar que son experimentados en nosotros mismos, y a mayor o menor plazo, como placer, pues de lo contrario –como lo muestra mejor que nadie el propio Freud- los resultados pueden ser desastrosos.

Se trata, para decirlo brevemente, de llenar de Estética a la Ética: lograr que aquello a lo que aspiramos éticamente nos atraiga desde las entrañas y nos exalte, nos seduzca –sueno difícil aunque, por otra parte, si no queremos ir en contra de nuestra naturaleza, sólo puede ser así.

Por último, quiero volver a un aspecto de Eros sobre el cual estuve llamando la atención. Vimos que éste es un principio de movimiento que se lanza más allá de sí en busca de lo otro que lo atrae. Eso otro, eso más allá que nos despierta y nos llama (los otros que queremos, la belleza, la imagen perseguida de nosotros mismos, nuestras obras), no sólo habla de un permanente estar llenando nuestra insuficiencia, sino también de la posibilidad de una incesante reinención de lo que somos. Un principio demasiado enigmático, sin duda, y poco científico, porque mientras una cadena engranada únicamente a través de los eslabones de lo necesario (lo que por inercia responde siempre de la misma forma) podría llegar a predecirse, la misma cadena animada también por lo erótico, lo propiamente libre y creativo, de ésa no pueden perverse los caminos.

Así pues, esta indefinición, esta apertura por la cual un orden dado puede transformarse en otro diferente, sólo puede ser posible si hay un otro que nos encienda, algo más allá que nos atraiga y por complacencia en lo cual seamos capaces de salirnos de lo dado. Como dice Ficino: “El amador por otro se recupera a sí...”,¹³¹ “ya que acercándote a quien te posee, te acercas a ti mismo.”¹³²

¹³¹ Ficino, *Op. Cit.* P.45

¹³² *Ibid.* P.132

De hecho, es por eso que, entre los mitos de Poros y Penia y el mito de Aristófanes me quedo con el de Poros y Penia, porque en el de Aristófanes cabe imaginar que un día las mitades podrían reencontrarse y volver a ser lo que fueron, esa unidad suficiente y esplendorosa después de la cual toda búsqueda esencial por algo más sería innecesaria. Mientras que en el de Poros y Penia, no hay completud total posible, sólo progresión infinita hacia una meta que se encuentra más allá y gracias a la cual, un poco carentes, un poco ricos, siempre podemos tener algo más a lo cual aspirar.

BIBLIOGRAFÍA:

FREUD, Sigmund, *Obras completas*, traducción de Luis López-Ballesteros y de Torres, Madrid: Biblioteca Nueva, 1973. 3 vols.

- Proyecto de una Psicología para neurólogos*
- La interpretación de los sueños*
- Psicopatología de la Vida Cotidiana*
- El chiste y su relación con lo inconsciente*
- Tres ensayos para una teoría sexual*
- El delirio y los sueños en "La Gradiva" de W. Jensen*
- El poeta y los sueños diurnos*
- Psicoanálisis (Cinco conferencias pronunciadas en la Clarck University, Estados Unidos)*
- Un recuerdo infantil de Leonardo Da Vinci*
- Los dos principios del funcionamiento mental*
- Algunas observaciones sobre el concepto de inconsciente*
- Sobre una degradación general de la vida erótica*
- Tótem y tabú*
- Múltiple interés del psicoanálisis*
- Introducción al narcisismo*
- Los instintos y sus destinos*
- La represión*
- Lo inconsciente*
- Consideraciones de actualidad sobre la Guerra y la muerte*
- Lecciones introductorias al psicoanálisis*
- Más allá del principio del placer*
- Psicopatología de las masas y análisis del yo*
- Psicoanálisis y teoría de la libido*
- El Yo y el Ello*
- El problema económico del masoquismo*
- Autobiografía*
- El malestar en la cultura*
- Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*
- Análisis terminable e interminable*
- Compendio del psicoanálisis*

Sigmund Freud, Obras Completas, ordenamiento, comentarios y notas de James Strachey, con la colaboración de Anna Freud, traducción de José L. Etcheverry, Buenos Aires, Amorrortu, 1979, 24 vols.

The Complete Psychological Works of Sigmund Freud, Standard Edition, Ed. De James Strachey, Londres: Hogarth Press, 1966, 24 vols.

Bibliografía secundaria

ARISTÓTELES, *Ética Nicomáquea*, traducción y notas por Julio Pallí Bonet, Madrid: Gredos, 1998.

ADORNO, Th. W., *Freud en la actualidad*, Barral, Barcelona, 1971

ALTHUSSER, Louis, *Escritos sobre psicoanálisis: Freud y Lacan*, Siglo XXI, México, 1996

ASSOUN, Paul Laurent, *Freud y Nietzsche*, México, Paidós, 1984

_____, *Freud, la filosofía y los filósofos*, Barcelona, Paidós, 1982

_____, *Introducción a la metapsicología freudiana*, Paidós, 1980

BATAILLE, George, *El Erotismo*, México, Tusquets, 1997

_____, *Las lágrimas de Eros*, Barcelona, Tusquets, 1997

BETTELHEIM, Bruno, *Freud y el alma humana*, Barcelona: Crítica, Grijalvo, 1983

BROWN, N., *Eros y Tánatos, el sentido psicoanalítico de la historia*, México, Joaquín Mortiz, 1980

BRUNO, Giordano, *Los Heroicos Furores*, Introducción, traducción y notas de M. Rosario González Prada, Madrid, Tecnos, 1987

DELEUZE, G., y Guatari, *El Antiedipo; capitalismo y esquizofrenia*, Barral, Barcelona, 1973

EPICURO, *Obras Completas*, Edición de José Vara, Madrid, Cátedra, 1996

FICINO, Marsilio, *Sobre el Amor. Comentario al Banquete de Platón*, México, UNAM, 1994

FOUCAULT, M., *Crítica a las teorías de interpretación de Nietzsche, Freud y Marx*, De. Cuervo, Buenos Aires, 1976

_____; *Historia de la sexualidad*, México, Siglo XXI, 1986, 3 vols.

_____; *Tecnologías del Yo*, Barcelona, Paidós Ibérica / I.C.E.-U.A.B., 1990

GARDNER, Sebastian, *Irrationality and the Philosophy of Psychoanalysis*, Cambridge, 1993

GAY, Peter, *The Freud's Reader*, New York, Norton & Company, Inc., 1989

_____, *The Bourgeois Experience: Victoria to Freud*, New York, Norton & Company, Inc., 1984-1998, 5 vols.

GIL Calvo E., et all. *Los Placeres. Éxtasis, prohibición, templanza*, Barcelona, Tusquets, 1992

GONZÁLEZ, Juliana, *El malestar en la moral: Freud y la crisis ética*, México, Porrúa y Facultad de Filosofía y Letras, 1997

_____, *El poder de Eros. Fundamentos y valores de ética y bioética*, México, Paidós, UNAM y Facultad de Filosofía y Letras, 2000

GOSLING, Justin Cyril, *Pleasure and Desire: The case for hedonism*, Oxford, 1969

HOLT, Edwin Bissell, *The freudian wish and its place in ethics*, London, 1950

HOSPERS. John, *La conducta humana*, Madrid, Tecnos, 1979

JONES, Ernst, *Vida y Obra de Sigmund Freud*, traducción de Mario Carlisky, Buenos Aires, Nova, 1960, 2 vols.

MANN, Thomas, *Schopenhauer, Nietzsche, Freud*, Plaza & Janes, Barcelona, 1986

MARCUSE, H., *Eros y civilización*, Ariel, Barcelona, 1995

MARTIARENA, Oscar, *Michel Foucault: Historiador de la subjetividad*, México, ITESM-CEM / El Equilibrista, 1995

MORA Mérida, Juan Antonio, *Freud. de la libido al eros, la coherencia del discurso freudiano*, Málaga, 1979.

NIETZSCHE, *Así habló Zaratustra*, traducción de Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza Editorial, 1978

_____, *La genealogía de la moral*, traducción de Andrés Sánchez Pascual, México, Alianza Editorial, 1997

_____, *Aurora*, Madrid, EDAF, 1996

PAZ, Octavio, *La llama doble*, Seix Barral, 1998

PLATÓN, *Banquete*, traducción de M. Martínez Hernández, Madrid, Gredos, 1997

PRIANI, Ernesto, *Los libros del placer*, Azul, Barcelona, 1999

_____, *Magia y Hermetismo*, JGH, México, 1997

_____, *De sole*, Ponencia presentada en las Jornadas Italianas, México, 2002

RICOEUR, P., *Una interpretación de la cultura*, Siglo XXI, México, 1970

SCHOPENHAUER, *El mundo como voluntad y representación*, México, Porrúa, 1992

TOURAINE, Alain, *Crítica de la modernidad*, México, FCE, 2000